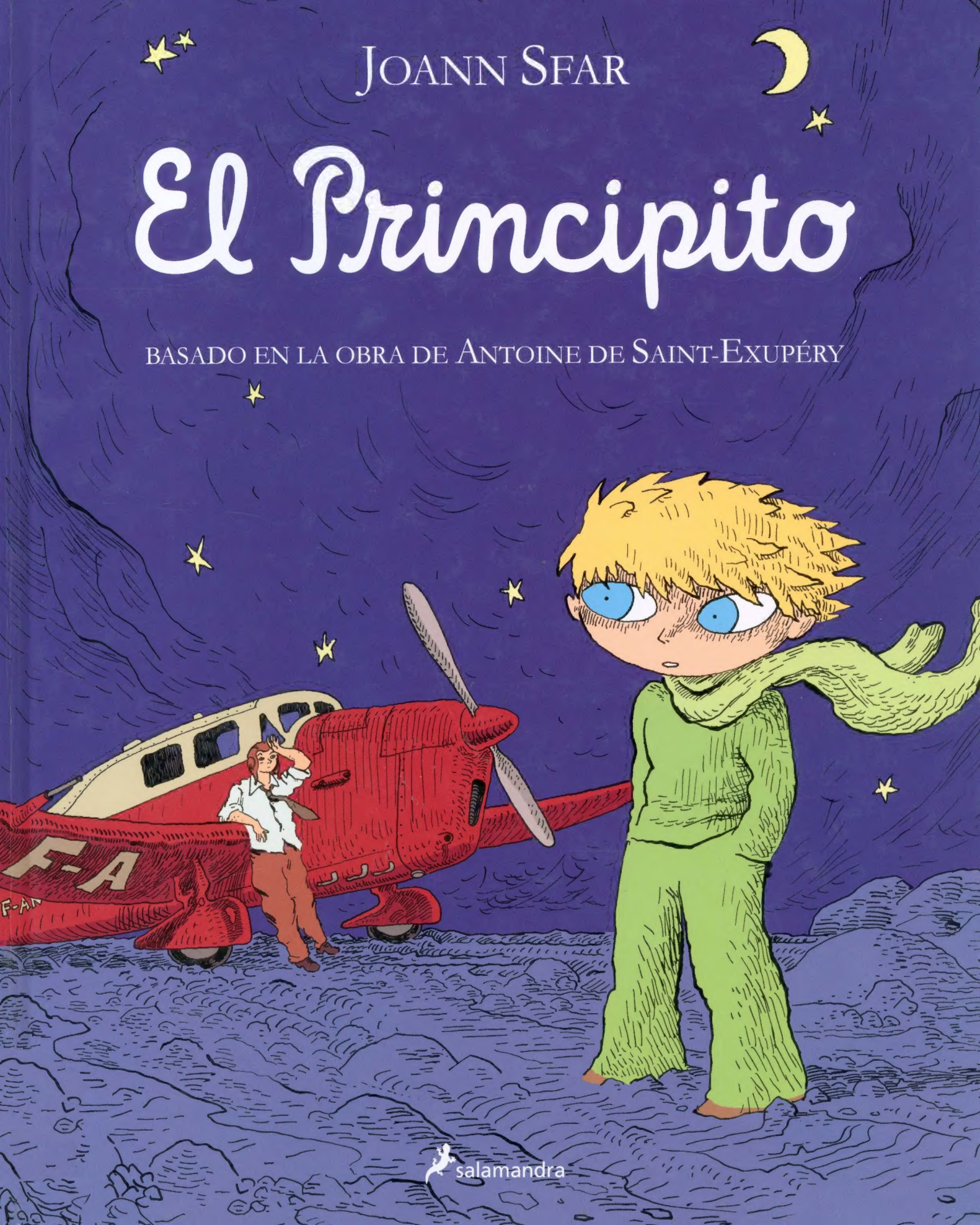
JOANN SFAR

El Principito

BASADO EN LA OBRA DE ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

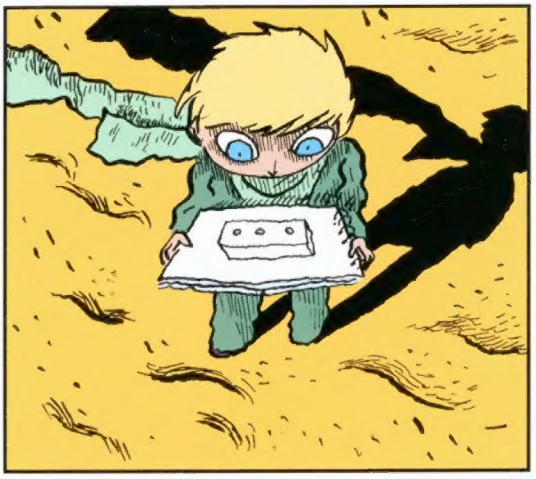


salamandra

JOANN SFAR

El Principito

BASADO EN LA OBRA DE ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY



COLOR DE BRIGITTE FINDAKLY

salamandra

Para Sandrina
J. S.

El autor da las gracias a Olivier d'Agay, Thomas Rivière, Marc du Pontavice, Lewis Trondheim, Gérard Feldzer, Marie-Christine Poilpré, Marc Picol, John Phillips y la Maison des Auteurs en Angulema.

Título original: *Le Petit Prince. D'après l'œuvre d'Antoine de Saint-Exupéry*

Traducción de *El Principito* de Bonifacio del Carril
Traducción de los fragmentos adaptados de Pedro del Carril
Escaneo: jbabylon5 - CRG

Copyright © Gallimard Jeunesse, 2008
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2010

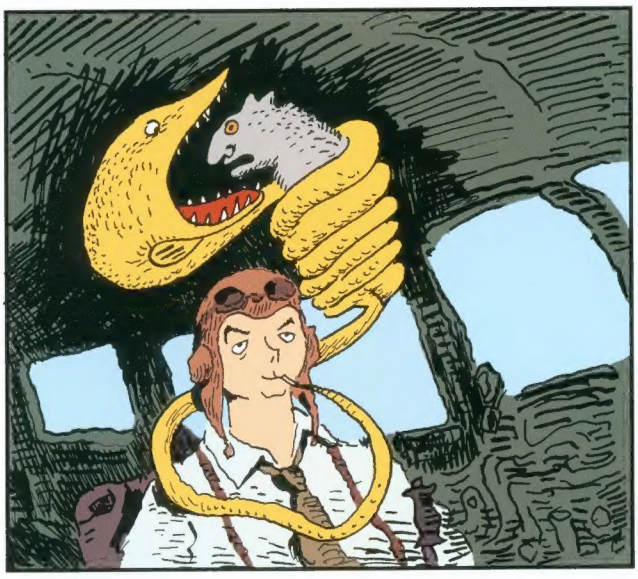
Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-278-5
Depósito legal: NA-931-2010

1ª edición, abril 2010
Printed in Spain

Impreso y encuadernado en:
GRÁFICAS ESTELLA, S.L.
Ctra. Estella-Tafalla, km 2 - 31200 Estella (Navarra)



Cuando yo tenía seis años vi una vez una lámina magnífica en un libro sobre el Bosque Virgen que se llamaba "Historias Vividas". Representaba una serpiente boa que se tragaba a una fiera.

"Las serpientes boas tragan sus presas enteras, sin masticarlas. Luego no pueden moverse y duermen durante los seis meses de la digestión."

Me dio que pensar.

En aquel momento hice mi primer dibujo.

Era así.

¿Te da miedo?
¿Por qué voy a tener miedo de un sombrero?
No, es un sombrero.
Es una boa que se ha tragado un elefante.
¿Qué?
Sí, mira bien.
El elefante está dentro de la serpiente.
Mejor sería que te interesaras por cosas más serias.
Eso ya me lo decían cuando era niño. Por ese tipo de comentarios dejé de dibujar. ¿Qué son, cosas más serias? ¿La geografía, la historia, las matemáticas, la gramática?

Cosas más serias son reparar este avión.

Porque si no, vas a morir.

A mí me da igual, yo soy el humo.
?

Y no deberías fumar en un libro dedicado a la juventud.
!

¡Eh! Un momento...
No.

Yo me evaporo.

Las personas grandes me aconsejaron que dejara a un lado el dibujo.

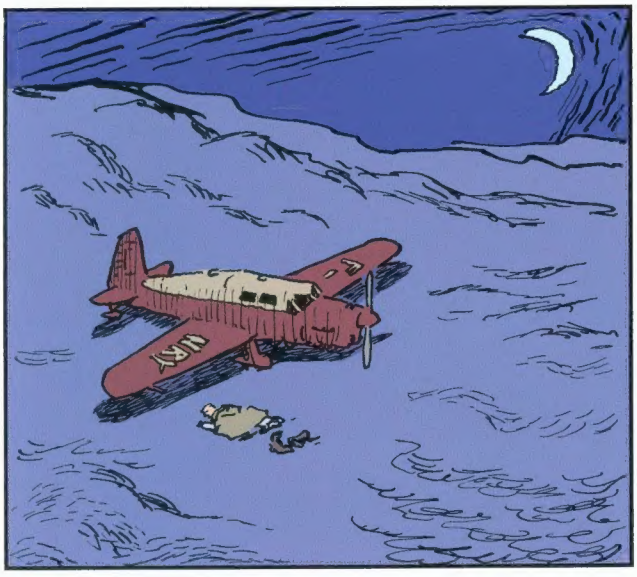
Las personas grandes nunca comprenden nada por sí solas.

He vivido mucho con personas grandes. Las he visto muy de cerca. Eso no ha mejorado mucho mi opinión.

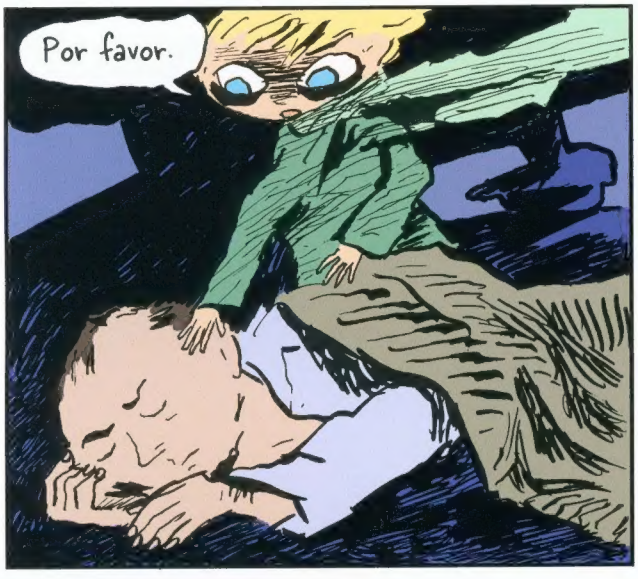
Les hablo de bridge, de golf, de política y de corbatas.

Jamás de una boa.

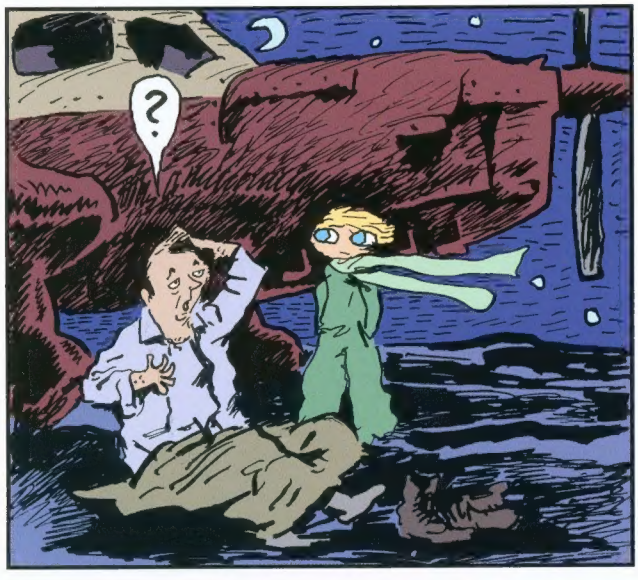
No tenemos nada interesante que decirnos.



F-A


Por favor.

Dibújame un cordero.

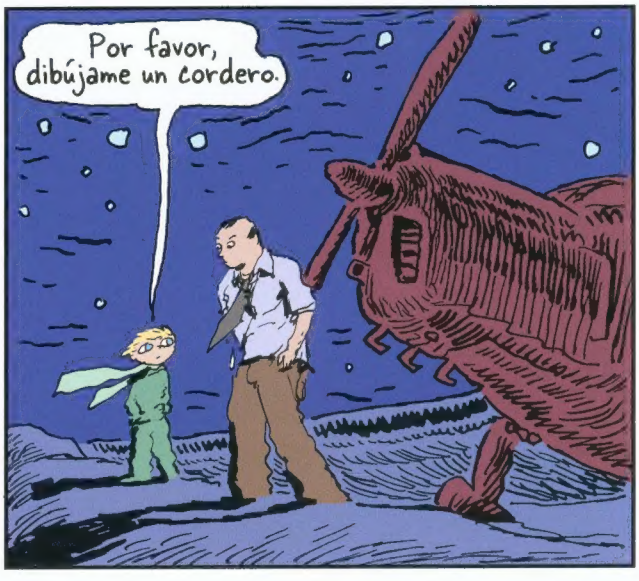

?

Dibújame un cordero.

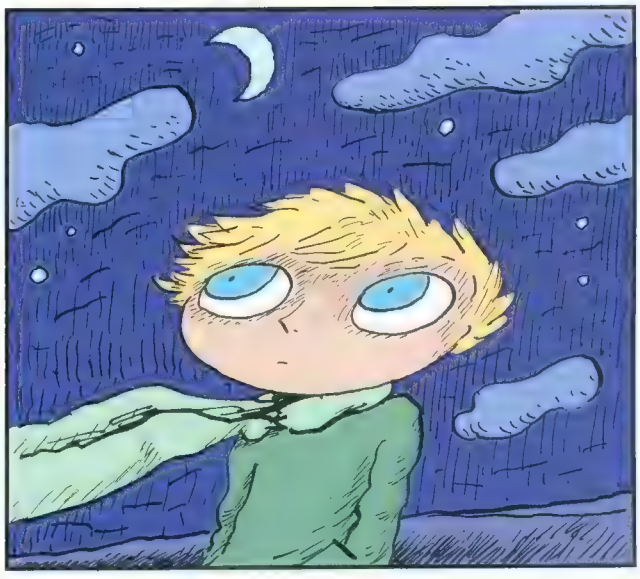
ANRY

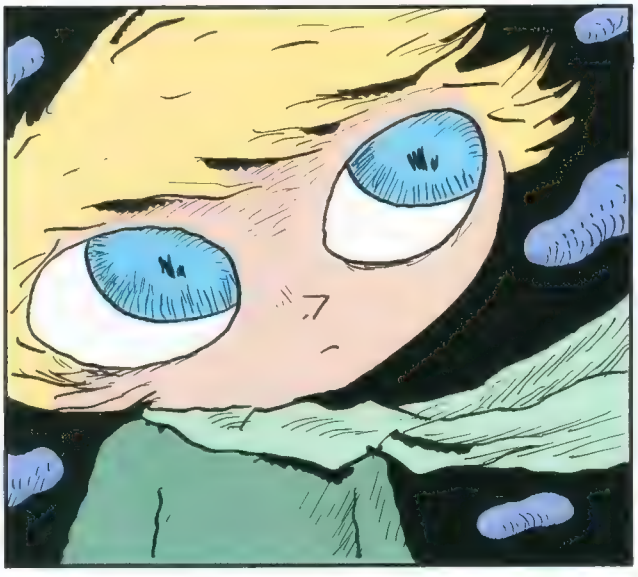
Pero...

¿Qué haces aquí?


Por favor,
dibújame un cordero.

Lo que me faltaba.





Además, no sé dibujar.
No importa. Dibújame un cordero.

El único dibujo que sé hacer es éste.
¡Craj, craj!

Nada del otro mundo, ¿verdad?
¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa.

Es la primera vez que entienden mi dibujo.
Sí, pero no me sirve.

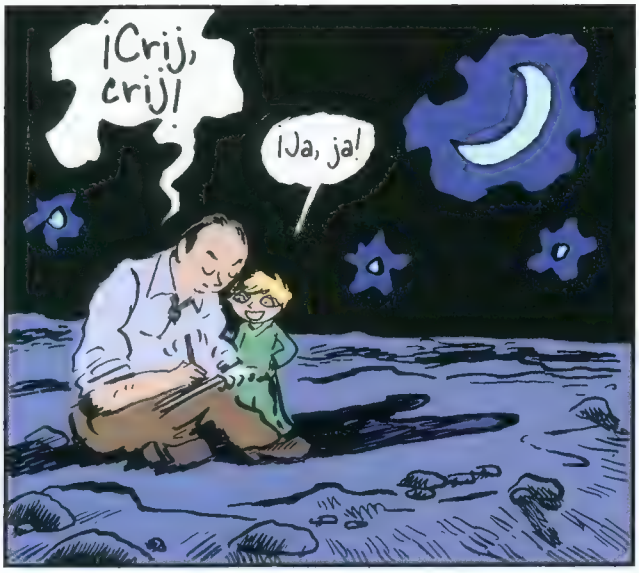
Una boa es muy peligrosa y un elefante muy voluminoso.

En mi casa todo es pequeño. Necesito un cordero.

Dibújame un cordero.
Vale.

¡Crij, crij, crij!
No.

Este cordero está muy enfermo. Haz otro.


¡Crij, crij!
¡Ja, ja!

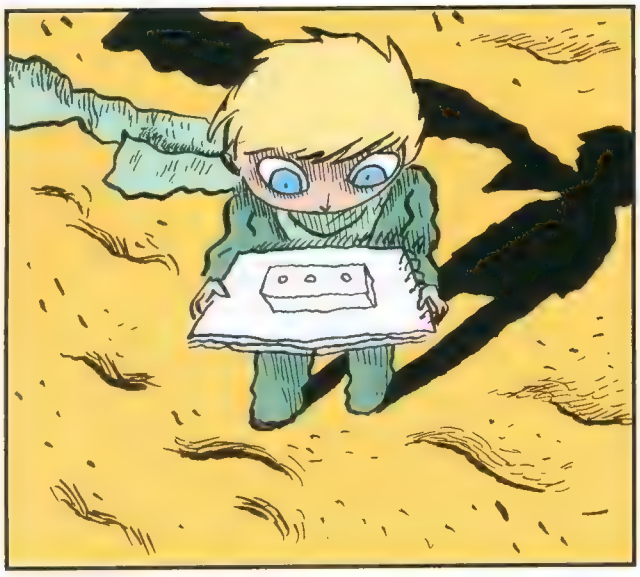
¿Ves?... No es un cordero; es un carnero. Tiene cuernos.
Me toca las narices, con su cordero.

¡Crij, crij!
Éste es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.

Vale...

¡CRIJ! ¡CRIJ! ¡CRIJ! ¡CRIJ! ¡CRIJ!

Ésta es la caja. El cordero está dentro.



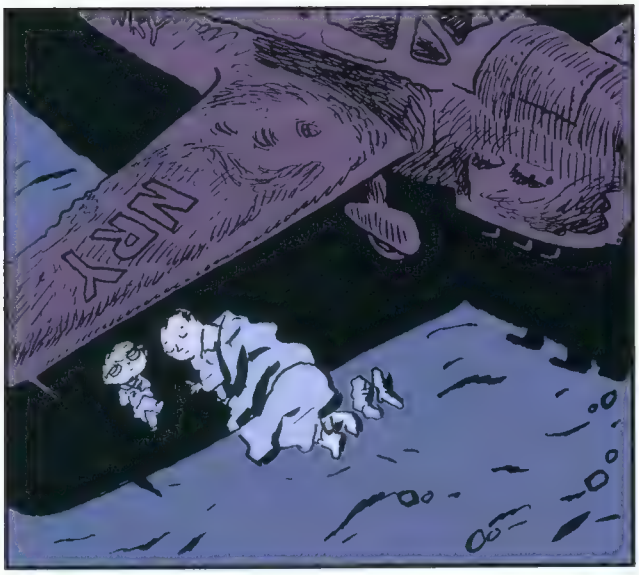
¡Es exactamente como lo quería!

¿Crees que necesitará mucha hierba este cordero?
¿Por qué?

Porque en mi casa todo es pequeño...

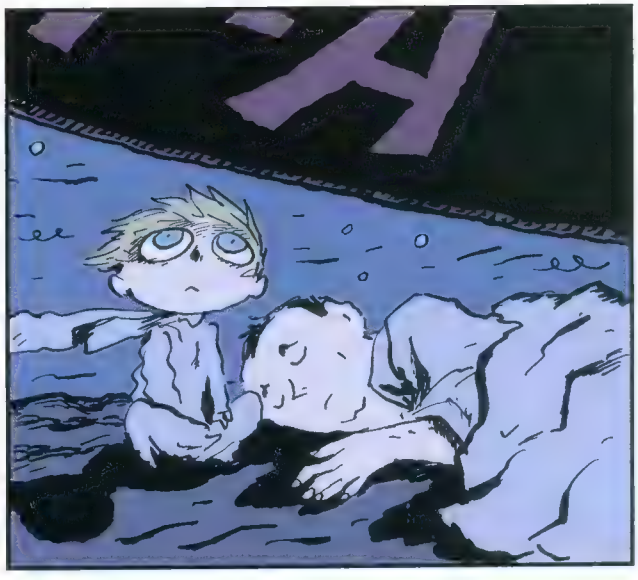
Cabrá seguramente. Te he regalado un cordero bien pequeño.
No tan pequeño...

¡Mira! Se ha dormido...


NRY

¿Qué es esta cosa?

No es una cosa. Vuela. Es un avión.
NRY



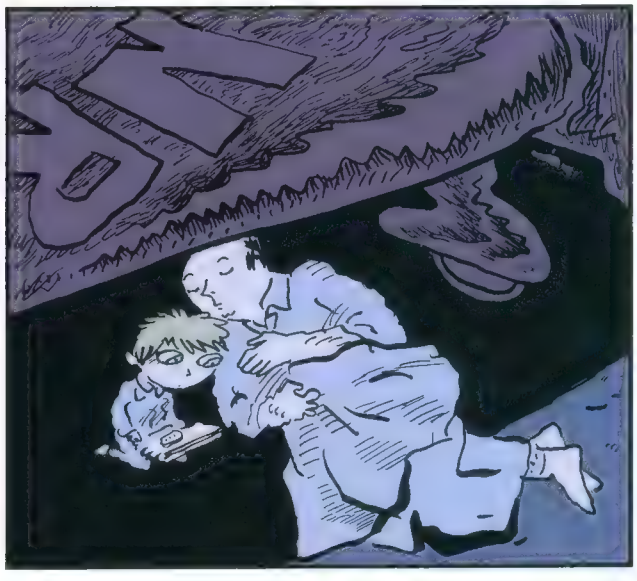
¿Has caído del cielo?
Sí.

¡Ji, ji! ¡Ah!
¡Qué gracioso!...

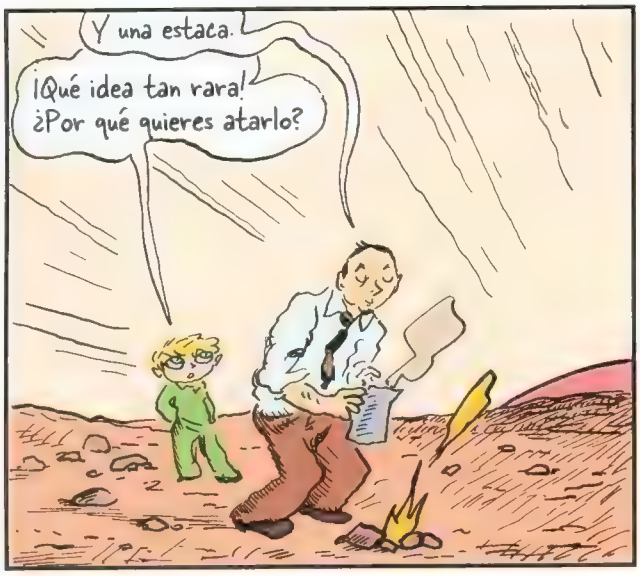
¡Tú también vienes del cielo! ¿De qué planeta eres?

¿Vienes de otro planeta?
...

Tú, con ese avión, no puedes haber venido de muy lejos.



Me gusta la caja que me has regalado, porque de noche le servirá de casa.
¿Dónde está tu casa?
¿Adónde lo vas a llevar, mi cordero?
Dormirá en la caja que me has dado.
Será como su casa.
Desde luego.
Te daré también una cuerda para atarlo durante el día.


Y una estaca.
¡Qué idea tan rara! ¿Por qué quieres atarlo?

Si no, se irá a cualquier parte y se perderá...
¡Ja, ja! ¡Qué vaaa...! ¿Adónde va a ir?

A cualquier parte. Derecho, siempre adelante...
No lo entiendes.

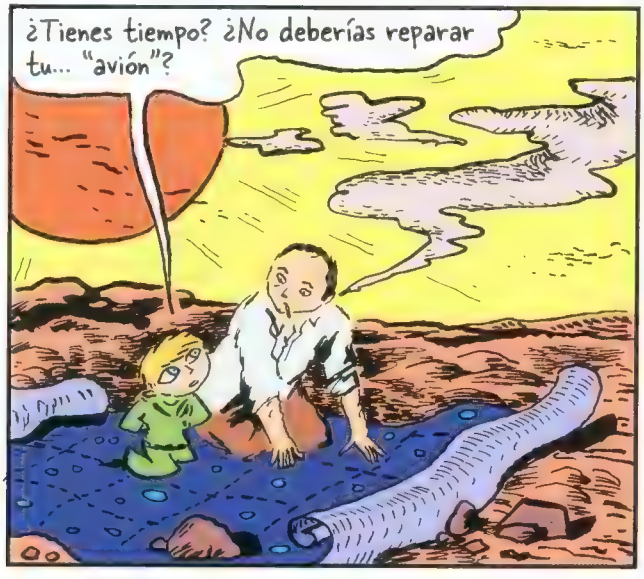
¡Mi casa es tan pequeña!

Derecho, siempre adelante de uno, no se puede ir muy lejos.

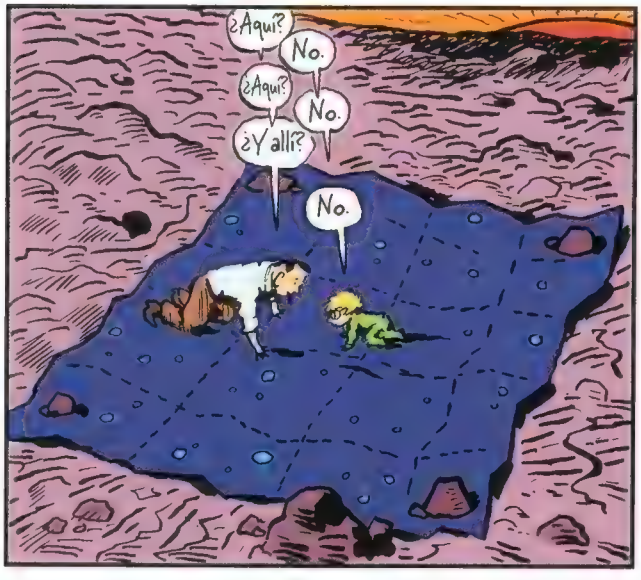
De todas formas, tu planeta es más grande que una casa.
No mucho.

Mira, tengo un mapa del cielo.

Enséñame dónde vives.


¿Tienes tiempo? ¿No deberías reparar tu... "avión"?

Enséñame tu casa.
No sé dónde está.


¿Aquí?
No.
¿Aquí?
No.
¿Y allí?
No.

Después vienen los astros más pequeños. Esos a los que los sabios no les ponen nombre.
Así vamos por buen camino.

¿Crees que podría ser el asteroide B-612?
No lo sé.

Este asteroide no tuvo suerte. El sabio que lo descubrió, en 1909, era turco.
¿Qué pasó?
Pueees... como llevaba vestidos orientales, nadie se tomó en serio su descubrimiento.

Por suerte, al poco tiempo, un dictador obligó a los turcos a llevar pantalones occidentales, bajo amenaza de muerte.

Gracias a ello, el sabio pudo volver a hacer su demostración. Y gracias a sus nuevos pantalones, todo el mundo estuvo de acuerdo con él.
¡Ji, ji!

Gracias a ese turco, tu planeta existe de forma oficial.
No sé si es ése.

Ni siquiera sé si tiene un número.

Perdona. Siempre tengo que poner nombres a las cosas, números, tamaños.

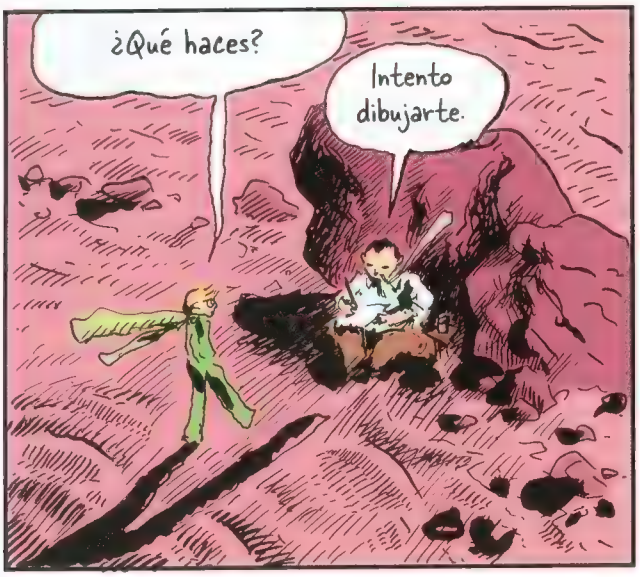
Si no paro, hasta voy a preguntarte cuánto vale tu planeta.

Donde yo vivo, si digo: "He visto una casa de cien mil francos", me responden: "¡Qué hermosa es!"

Pero si describo la casa, con sus ladrillos rojos, geranios en las ventanas y palomas en el tejado, a nadie le importa un rábano.
¿Por qué?

Porque me parece que soy una persona grande.
¡Eh!

Tú no tienes la culpa.


¿Qué haces?
Intento dibujarte.

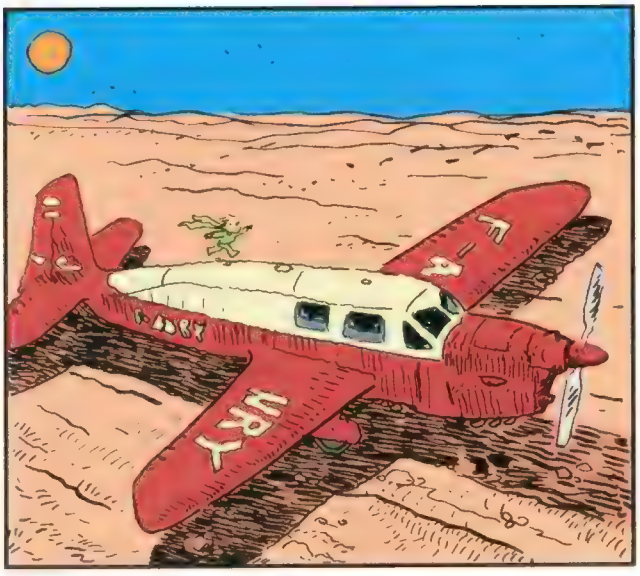
A la acuarela.

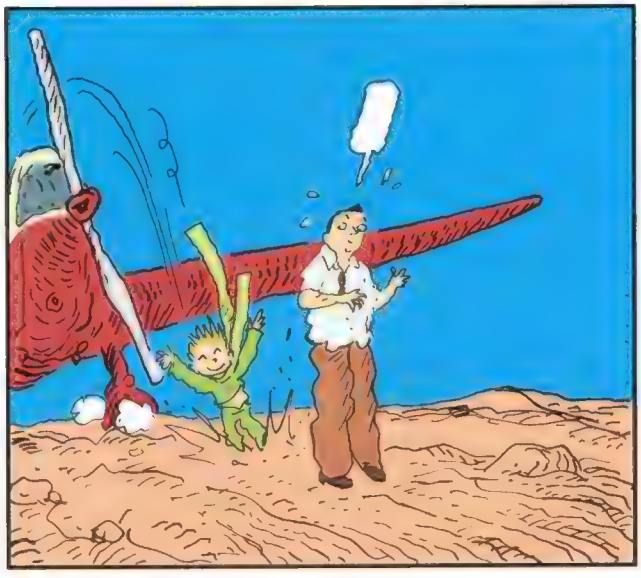
Intento hacer un retrato lo más exacto posible.

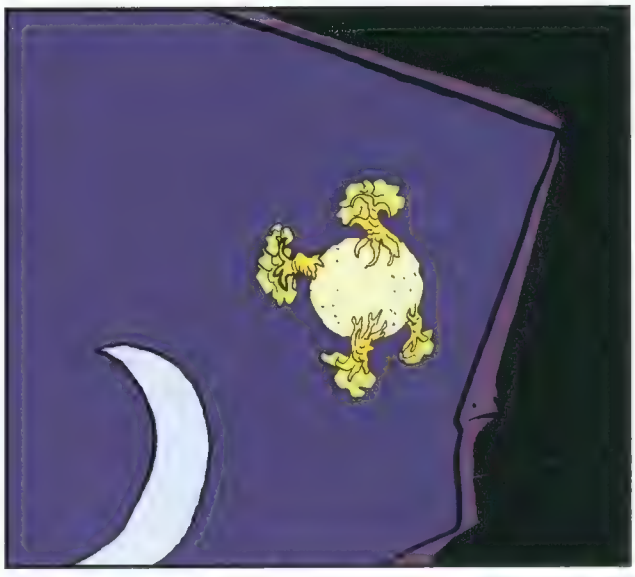
Y no lo consigo.

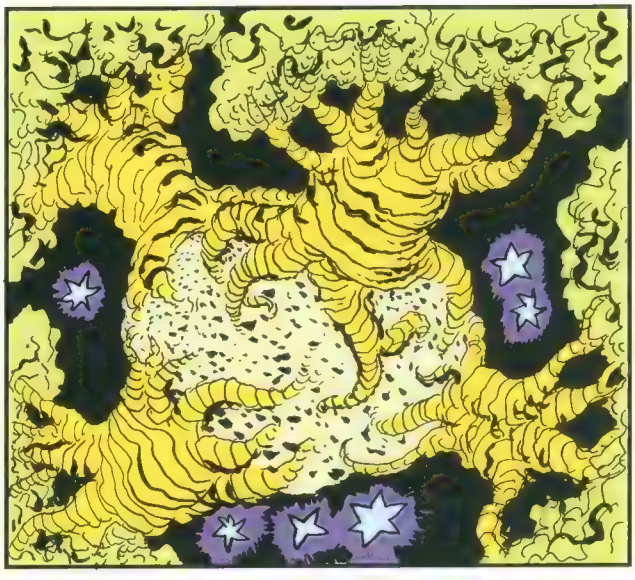
Me río, pero me lo he tomado muy en serio. Me da pena no poder lograrlo. Si me saliera bien el retrato, tendría la impresión de llevarte siempre conmigo.
No merece la pena.

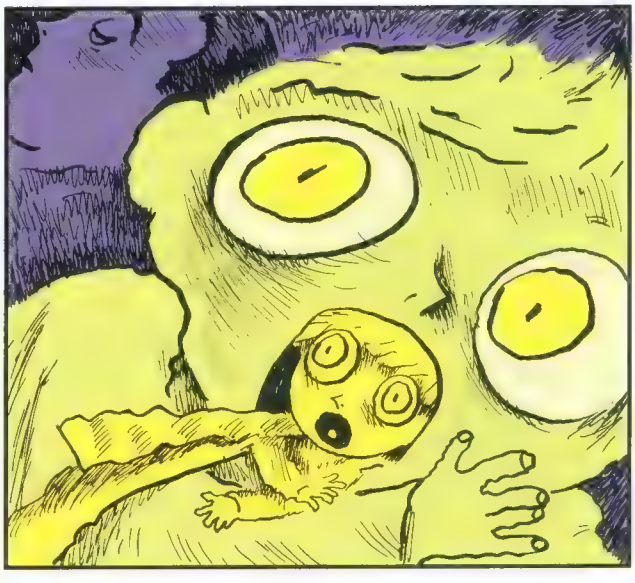
Estoy aquí de verdad.











¿Has tenido una pesadilla?
Sí. Estaba rodeado de baobabs.

Duérmete. Esta noche no tienes por qué temer a los baobabs.
Sí.

Mira a tu alrededor. Aquí no crece nada.
Aquí, no.

Pero donde yo vivo, es diferente.

Mientras yo no estoy allá, algo crece. Tal vez, gracias al cordero, todo va a cambiar.
¿Por qué?

Porque me parece que a los corderos les gusta comer arbustos.
Sí. Sin duda.

Pero los baobabs no tienen nada que ver con los arbustos, ¿lo sabías?

Son grandes como catedrales.

E incluso si te llevaras contigo una manada de elefantes.

No alcanzarían la copa de un solo baobab.

Para que cupieran donde yo vivo, habría que ponerlos unos sobre otros.

Da igual. Los baobabs, antes de crecer, comienzan por ser pequeños. Si no se arrancan a tiempo, ya no es posible desembarazarse de ellos.

JJJJJJJ... sí... envíen con urgencia un equipo de salvamento... G33t...

De lo contrario, JJJJJJJ... semillas de baobabs por todos lados, nadie las arranca...

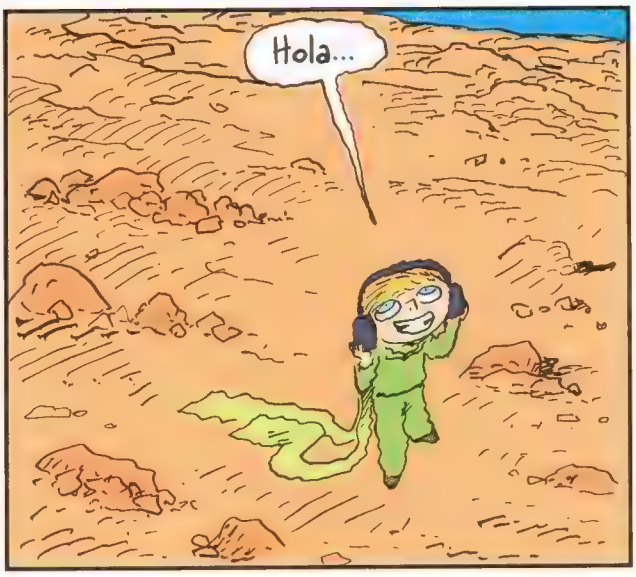
Crecen, lo infestan todo yyy...

¡CRAAAAAC!
El planeta en añicos.

¿Hablabas conmigo?
No, con nadie.

La radio está estropeada, así que jugaba.
¡Oh, yo también quiero, por favor!

Hola...
F.A.N.R.F.


Hola...

Hola...

Holaholahola.

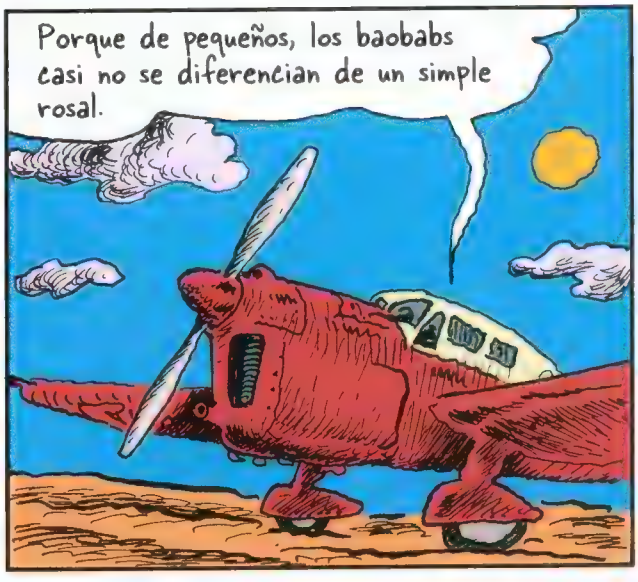
Hola, le escucho.
Yo también.

¿Ves? Funciona muy bien.
Sí.

He hecho un dibujo para prevenir a los niños de mi planeta.
¿Prevenirlos de qué?

Del peligro de los baobabs. Mira. Es un perezoso que dejó que proliferaran tres semillas. Ahora, su planeta está perdido.
Sí.

Es exactamente así como sucede.


Porque de pequeños, los baobabs casi no se diferencian de un simple rosal.

En casa, cada mañana después de ir al baño, arranco los baobabs. Es un trabajo muy aburrido, pero fácil.

Aquí se ve que no hay.
Se ve que no.

¡Niños! ¡Cuidado con los baobabs!

Las semillas son invisibles. Duermen en el secreto de la tierra hasta que a una de ellas se le ocurre despertarse.

Entonces se estira y al comienzo crece hacia el sol una encantadora briznilla inofensiva.

Si se trata de un brote de rábano o de rosal, se puede dejar que crezca como quiera.

Pero si se trata de una planta mala, hay que arrancarla inmediatamente.

¡Niños! ¡Cuidado con los baobabs!

La mañana del cuarto día después del accidente, el principito me dijo:
Me encantan las puestas de sol.

Vamos a ver una puesta de sol.
Tenemos que esperar...

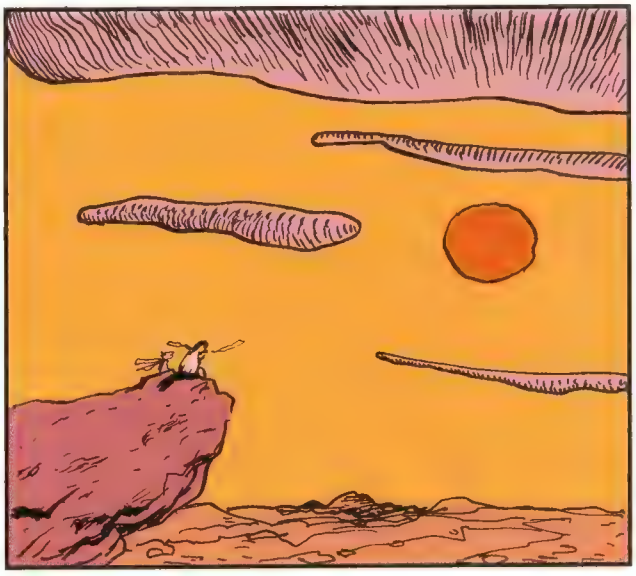
¿Esperar qué?
A que el sol se ponga.

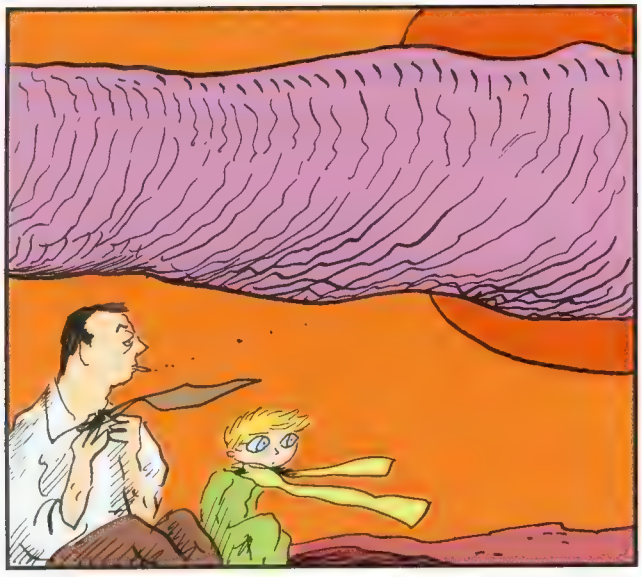
Es verdad. ¡Me creo siempre en mi casa!

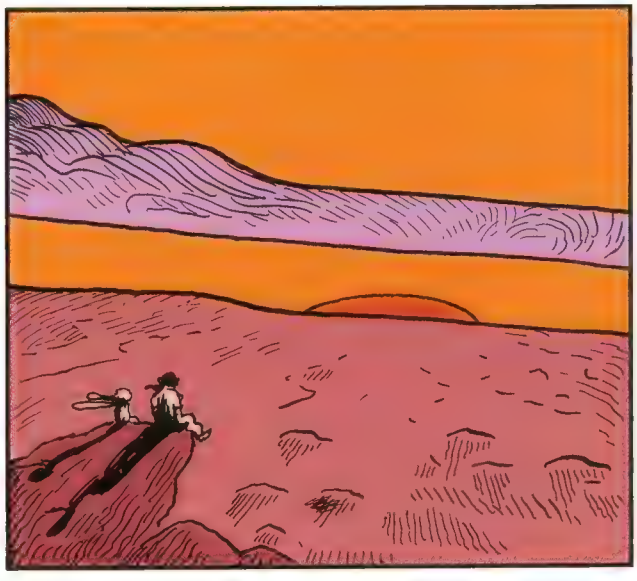
En mi casa, un día, vi ponerse el sol cuarenta y tres veces.

¿Sabes? Cuando uno está verdaderamente triste son agradables las puestas de sol.

¿Estabas, pues, verdaderamente triste el día de las cuarenta y tres veces?







Quinto día. No conseguía reparar el avión. No me quedaba mucha agua.
Si un cordero come arbustos, ¿come también flores?
Un cordero come lo que encuentra.

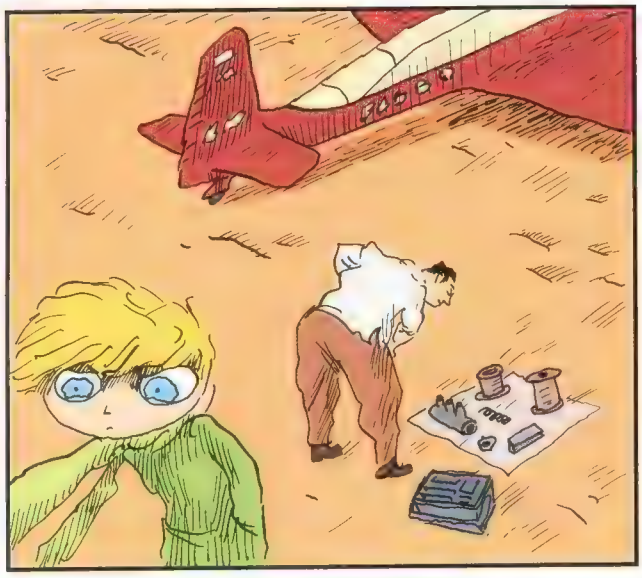
Ese día, siempre gracias al cordero, me fue revelado un secreto de la vida del principito.
¿Hasta las flores que tienen espinas?
Sí.

Entonces, ¿para qué sirven las espinas?

¡Eh! Te he hecho una pregunta.

Las espinas no sirven de nada.

Son pura maldad de las flores. Déjame trabajar.



¡No te creo!

Las flores son débiles. Son ingenuas. Se defienden como pueden. Se creen terribles con sus espinas.

¿Y tú, tú crees que las flores...?
¡No, no! ¡Yo no creo nada! ¡Yo me ocupo de cosas serias!

¡Hablas como las personas grandes!

Lo confundes todo. Lo mezclas todo.

Si las flores producen espinas desde hace millones de años, y aun así se dejan comer por los corderos, es algo grave.

¿Por qué las flores se esfuerzan tanto en fabricar espinas que no sirven nunca para nada?
F.ANRY

Conozco un planeta donde vive un señor que nunca amó a nadie. Se pasa el día haciendo sumas y dice que son importantes.
Basta.

Si no arreglo mi avión, mi vida se detendrá.

¿Entiendes?

Conozco una flor única en el mundo, que solamente existe en mi planeta.

No existe más que un ejemplar entre los millones y millones de estrellas.

Cuando miro el cielo, me digo: esa flor está allí, en algún sitio.

Eso basta para que yo sea feliz. Imagínate que un cordero se la come sin apenas darse cuenta.

Sería como si todas las estrellas se apagaran de golpe.

¿No crees que es algo serio?

No pudo decir nada más. Estalló bruscamente en sollozos.

En la Tierra, había un principito que necesitaba consuelo.

Lo tomé en mis brazos. Lo acuné.

Le dije: "La flor que amas no corre peligro."

Dibujaré un bozal para tu cordero.
Dibujaré una armadura para tu flor.

Di...

En el planeta del principito siempre había habido flores muy simples, que apenas ocupaban lugar y no molestaban a nadie.

Aparecían una mañana entre la hierba y luego se extinguían por la noche.

Pero aquélla había germinado un día de una semilla traída no se sabe de dónde y el principito había vigilado, muy de cerca, a esa brizna que no se parecía a las otras briznas.

El principito, que asistió a la formación de un capullo enorme, sentía que iba a surgir una aparición milagrosa.

Pero, al abrigo de su cámara verde, la flor no terminaba de preparar su embellecimiento. Elegía con cuidado sus colores.

Se vestía lentamente.

Ajustaba uno a uno sus pétalos. No quería salir llena de arrugas como las amapolas.

Quería aparecer con el pleno resplandor de su belleza.

Su misterioso atavío había durado días y días.

Y he aquí que una mañana, exactamente a la hora de la salida del sol, se mostró.

Y la flor, que había trabajado con tanta precisión, dijo con un bostezo:
¡Ah!, acabo de despertarme

Perdóname. Todavía estoy toda despeinada.

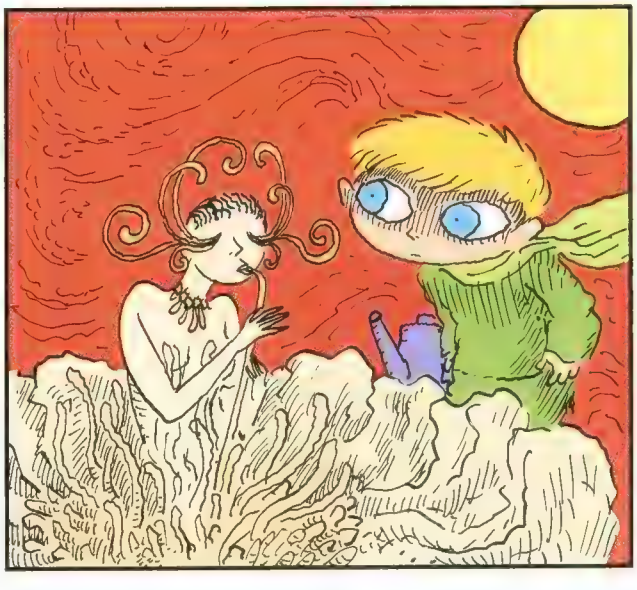
¡Qué hermosa eres!
¿Verdad?

Y he nacido al mismo tiempo que el sol.

El principito advirtió que no era demasiado modesta.
Creo que es la hora del desayuno.

¡Pero era tan conmovedora!
¿Tendrías la bondad de acordarte de mí?

Y el principito, confuso, habiendo ido a buscar una regadera de agua fresca, sirvió a la flor.



Así lo atormentó bien pronto con su vanidad un poco sombría. Un día, por ejemplo, hablando de las cuatro espinas, dijo al principito:

¡Ya pueden venir los tigres con sus garras!

En mi planeta no hay tigres.

Y además, los tigres no comen hierba.

Yo no soy una hierba.

Perdóname.

No temo a los tigres, pero siento horror a las corrientes de aire. ¿No tendrías un biombo?

¿Está bien así?

Hmm... no. Quiero un biombo de verdad.

Por la noche me meterás bajo un globo. Aquí hace mucho frío.

Hay pocas comodidades. Allá, de donde vengo...
Tú no vienes de ninguna parte.

Naciste ayer.

No quería ofenderte.

¡Tos! ¡Tos! ¿Dónde está ese biombo?

Iba a buscarlo, pero como me estabas hablando...

¡Tos! ¡Tos!

De este modo, el principito, a pesar de la buena voluntad de su amor, pronto dudó de ella.

Había tomado en serio palabras sin importancia y se sentía muy desgraciado.

No debí haberla escuchado. Nunca hay que escuchar a las flores. Hay que mirarlas y aspirar su aroma.

La mía perfumaba mi planeta, pero yo no podía gozar con ello. Sus historias de tigres y corrientes de aire, que tanto me habían fastidiado, deberían haberme enternecido...

¡No debí haber huido jamás! Debí haber adivinado la ternura, detrás de sus pobres astucias.

Pero yo era demasiado joven para saber amarla.

Creo que, para su evasión, aprovechó una migración de pájaros silvestres.

La mañana de la partida puso en orden su planeta. Deshollinó cuidadosamente los volcanes en actividad.

Poseía también un volcán extinguido. Pero, como él decía: "¡No se sabe nunca!"

Deshollinó, pues, igualmente el volcán extinguido.

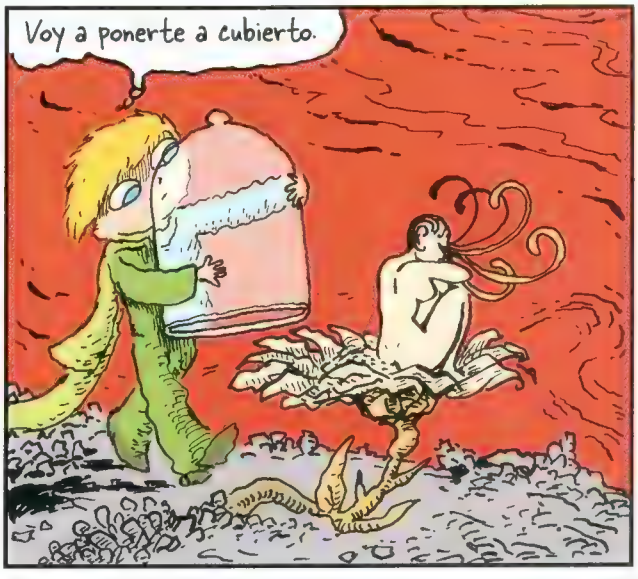
En la Tierra sois demasiado pequeños para deshollinar vuestros volcanes. Por eso...

... os causan tantos disgustos.

Te quitaré los brotes de baobabs.

No volveré nunca.

Es la última vez que te doy de beber.


Voy a ponerte a cubierto.

Adiós.

¡Eh!... Adiós.

La flor tosió. Pero no por el resfriado.
He sido tonta, te pido perdón.

Procura ser feliz.
Deja el globo en paz. Ya no lo quiero.

Pero... ¿y el viento?

No estoy tan resfriada. El aire fresco de la noche me hará bien. Soy una flor.

Pero... ¿y los animales?
Es preciso que soporte dos o tres orugas si quiero conocer a las mariposas. Si no, ¿quién habrá de visitarme?

Tú estarás lejos.

No te detengas más. Vete.

No quería que la viese llorar.

Era una flor tan orgullosa...

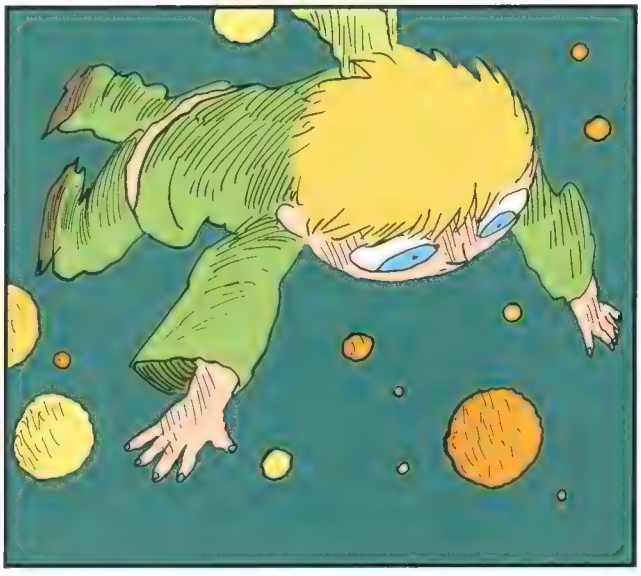
Te quiero.

Puede que sea culpa mía.
Si no lo has comprendido,
eres tan tonto como yo.

No tiene importancia.

Se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330.

Comenzó, pues, a visitarlos para buscar una ocupación y para instruirse.



El primero estaba habitado por un rey.

El rey, vestido de púrpura y armiño, estaba sentado en un trono muy sencillo y sin embargo majestuoso.
¡Ah!

He aquí un súbdito.
¿Cómo sabéis que soy súbdito vuestro? Nunca nos hemos visto.
Todos los hombres son mis súbditos.
Ah...

Cuando nadie viene a verme, soy el rey yo solo.
Así nadie os lleva la contraria.
Claro.

Pero es mucho más agradable ser rey de alguien; acércate para que te vea mejor.

¿Puedo sentarme?
No sobre las colas de mi manto.

Estoy muy fatigado. Y además, el manto es muy grande.
Quédate en pie.

No bosteces, te lo ruego. Es contrario al protocolo bostezar en presencia de un rey.
Que no bosteces, te digo.
No puedo evitarlo.

En tal caso te ordeno bostezar. Lo esencial es que no se contravengan mis órdenes.
¡Vamos!, bosteza otra vez.
Eso me intimida. Ahora no puedo.

Pues entonces, podrías bostezar de cuando en cuando, y a veces abstenerte.
Sí, señor.

Y ahora, ¿puedo sentarme?
Siéntate, es una orden.

Sire... os pido perdón por interrogaros.
Te ordeno interrogarme.

Sire... ¿sobre qué reináis?
Sobre todo.

¿Sobre todo eso?
Sobre todo eso.

¿Y las estrellas os obedecen?
Por supuesto. No tolero la indisciplina.

oooooooooooh...
sssssíiiiiiii

Por favor, quisiera ver una puesta de sol... Dadme el gusto... Ordenad al sol que se ponga.

Mmmm, no. Soy un monarca absoluto, pero reino con la razón.
???

Si ordeno a un general que se transforme en ave marina, y si el general no ejecuta la orden recibida, ¿quién, él o yo, estaría en falta?
Vos.
Exacto.

Hay que exigir a cada uno lo que cada uno puede hacer.

Sí, pero ¿y mi puesta de sol?

¡La tendrás! ¡Lo exigiré! Pero esperaré a que las condiciones sean favorables.

¿Y esto cuándo sucederá?
Al final del día.

No tengo nada más que hacer aquí.

No partas, espera el anochecer.

Verás como el sol me obedece.

¡Eh! Quédate. Te hago ministro.
¿Ministro de qué?
De justicia.
No hay a quién juzgar.

No se sabe. Todavía no he visitado mi reino. Soy muy viejo, no tengo lugar para una carroza y me fatiga caminar.

¡Oh! Pero yo ya lo he visto. No hay nadie allí, tampoco.
Te juzgarás a ti mismo.

Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que a los demás. Si logras juzgarte bien a ti mismo eres un verdadero sabio.

Puedo juzgarme a mí mismo en cualquier parte.

No tengo necesidad de vivir aquí.

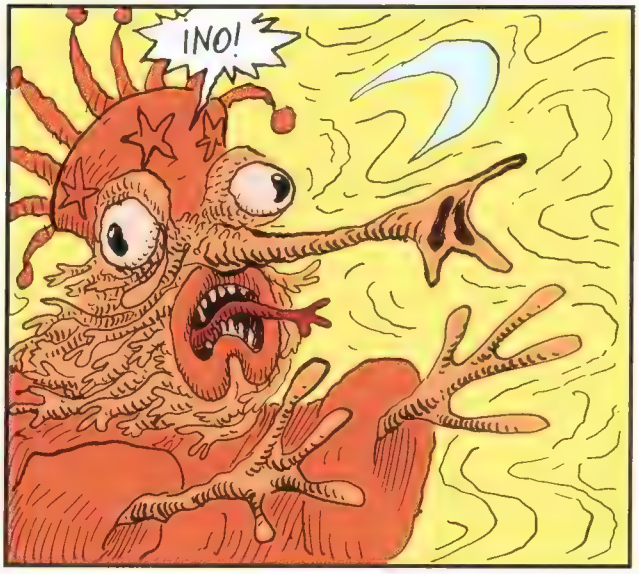
¡Eh! Creo que hay una rata vieja que se arrastra en algún lugar de mi planeta. La oigo de noche.

¡Crich, crich! Podrás juzgarla, si quieres. La condenarás a muerte de vez en cuando. Y después la indultarás, para ahorrar.

Porque no hay más que una.

Así su vida dependerá de tu justicia.
A mí no me gusta condenar a muerte.

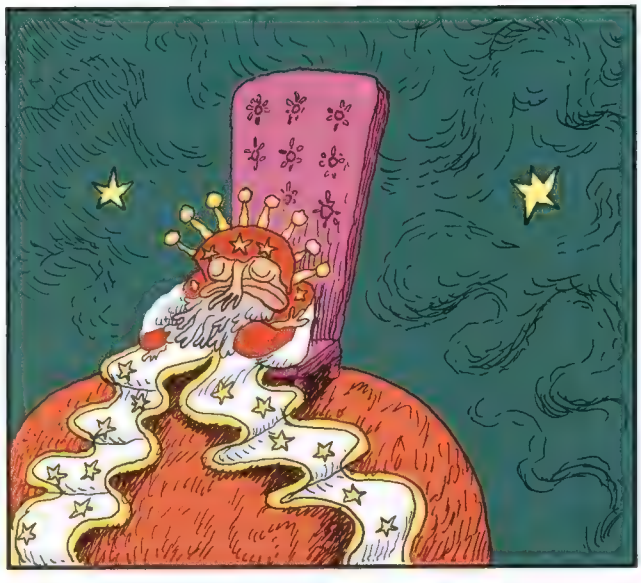
Y creo que me voy.


¡NO!

Si Vuestra Majestad desea ser obedecido puntualmente podría darme una orden razonable. Podría ordenarme, por ejemplo, que parta antes de un minuto.

Me parece que las condiciones son favorables.

¡Te nombro embajador!



Las personas grandes son bien extrañas.

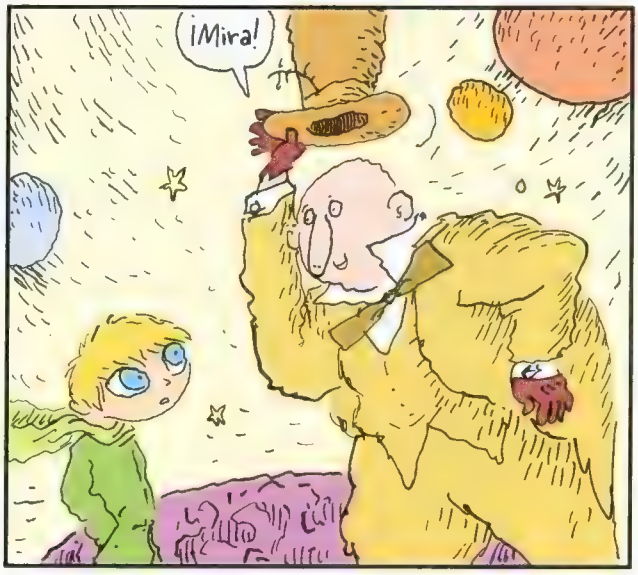
El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso. "¡Ah! ¡Ah! ¡He aquí la visita de un admirador!", exclamó desde lejos el vanidoso no bien vio al principito.
¡Ah! ¡Ah!

Pues, para los vanidosos, los otros hombres son admiradores.
He aquí la visita de un admirador.
Buenos días.

¡Qué sombrero tan raro tienes!
Es para saludar cuando me aclaman.

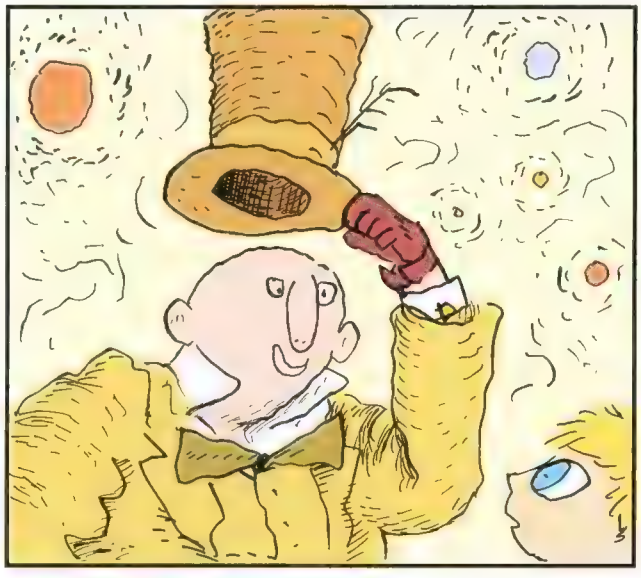
Desgraciadamente, nunca pasa nadie por aquí.
¿Ah?

Golpea tus manos, una contra otra.
¡Clap, clap, clap!

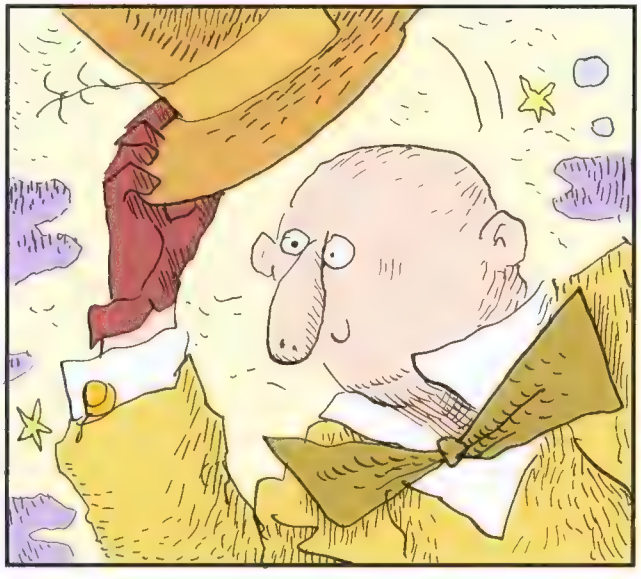

¡Mira!

¿Otra vez?
Si quieres...

¡Clap, clap!



¡Clap, clap!



¿Y qué hay que hacer para que el sombrero se caiga?

Hmmm...

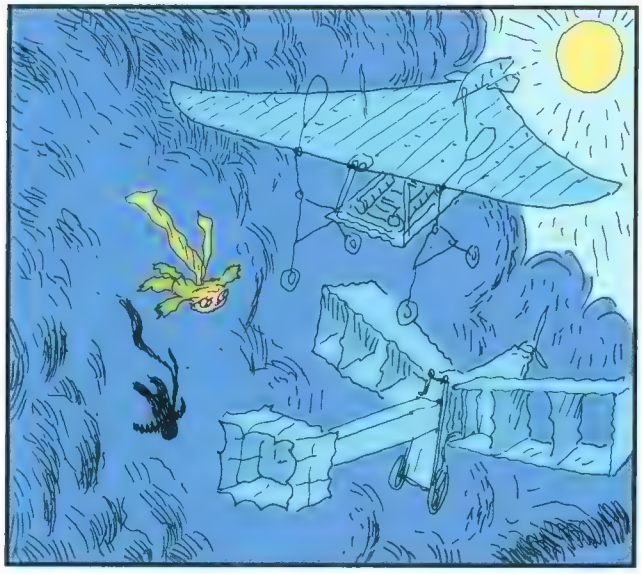
¿Me admiras mucho verdaderamente?
¿Qué significa "admirar"?

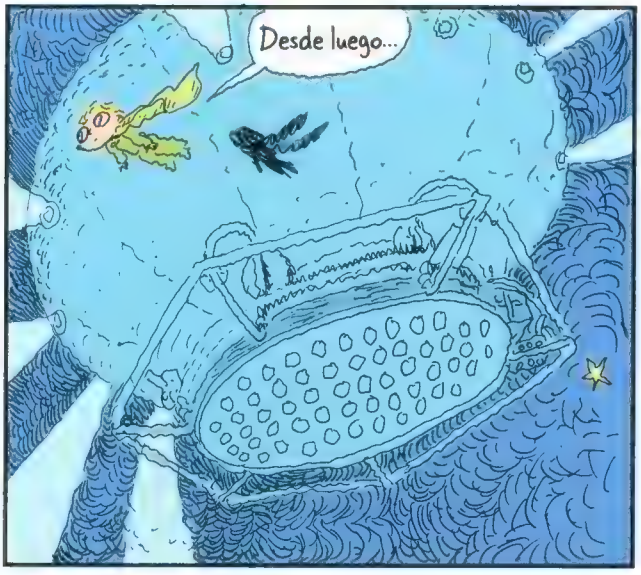
Pues... "Admirar" quiere decir reconocer que soy el hombre más hermoso, mejor vestido, más rico y más inteligente del planeta.
¡Pero si eres la única persona del planeta!

¡Dame el placer! ¡Admírame de todos modos!

Te admiro.

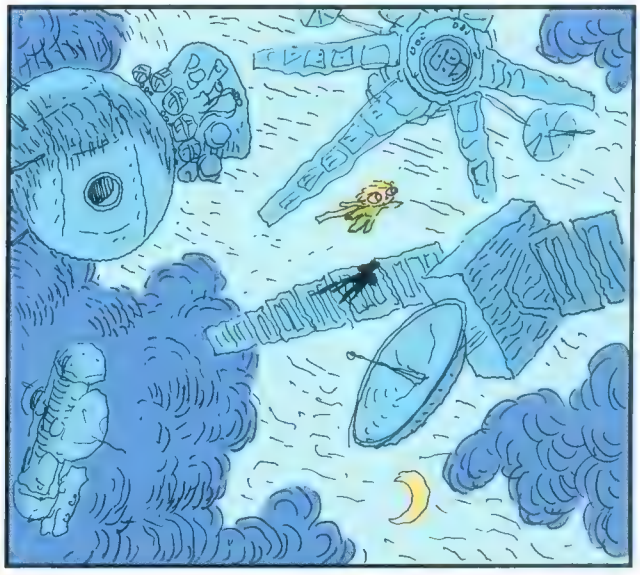
Pero ¿por qué puede interesarte que te admire?




Desde luego...

Qué extrañas son...

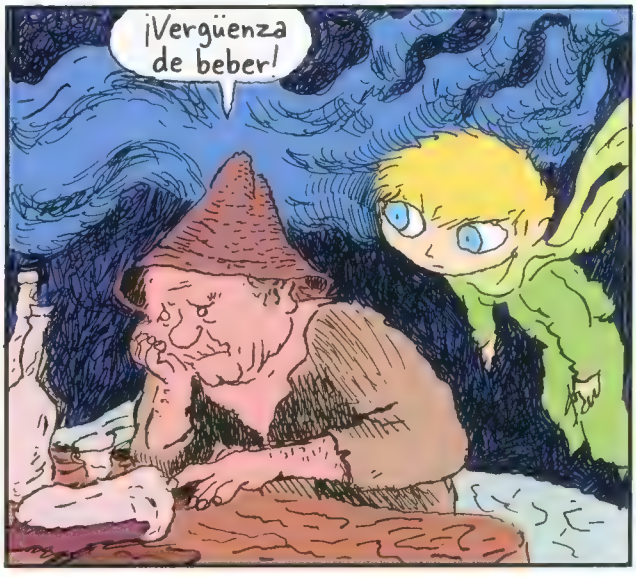
las personas grandes.

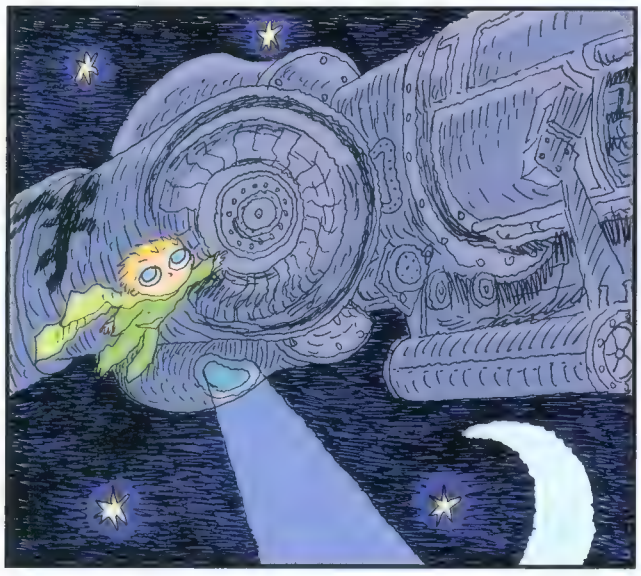


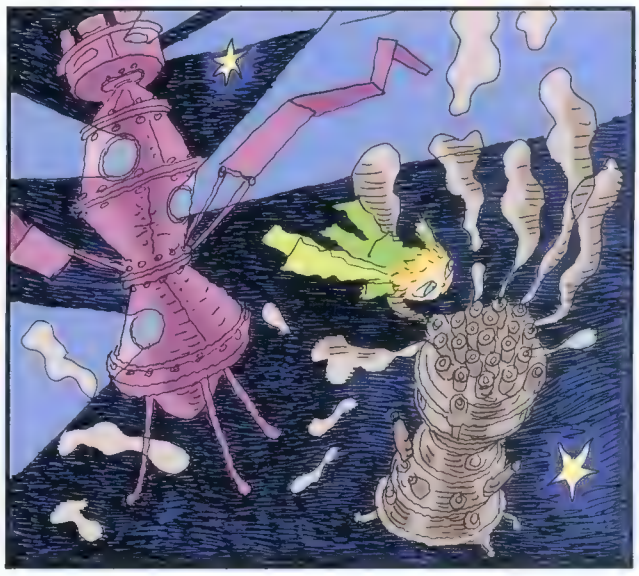
¿Qué haces ahí?
Bebo.

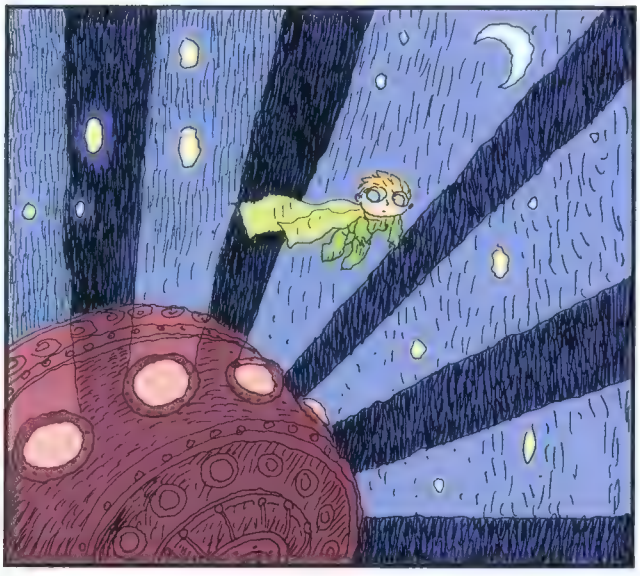
¿Por qué bebes?
Para olvidar.

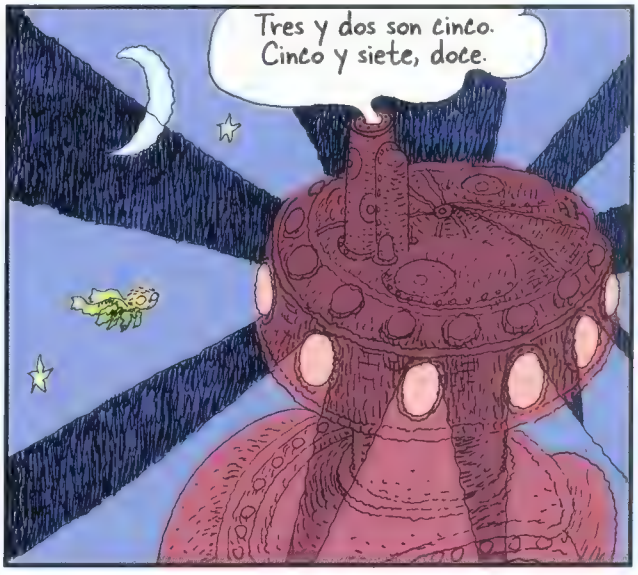
¿Para olvidar qué?
Para olvidar que tengo vergüenza.
¿Vergüenza de qué?


¡Vergüenza de beber!








Tres y dos son cinco.
Cinco y siete, doce.

El cuarto planeta era el del hombre de negocios.
Doce y tres, quince.
Buenos días.
Bzzzz
TINTA

El hombre estaba tan ocupado que ni siquiera levantó la cabeza cuando llegó el principito.
Quince y siete, veintidós.
Veintidós y seis, veintiocho.
Su cigarrillo está apagado.
No tengo tiempo para volver a encenderlo.

Veintiséis y cinco, treinta y uno. ¡Uf! Da un total, pues, de quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.
¿Quinientos millones de qué?

¡Eh! ¿Sigues ahí? Quinientos un millones de... Ya no lo sé.

¡Tengo tanto trabajo! Yo soy serio, no me divierto con tonterías. Dos y cinco siete...
¿Quinientos millones de qué?

En los cincuenta y cuatro años que habito este planeta, sólo he sido molestado tres veces. La primera fue hace veintidós años por un abejorro que hacía un ruido espantoso y cometí cuatro errores en una suma.

La segunda fue hace once años por un ataque de reumatismo. Me hace falta ejercicio. La tercera vez... ¡eres tú!
TINTA

Decía, pues, quinientos un millones...
¿Millones de qué?

Millones de esas cositas que se ven a veces en el cielo.
¿Moscas?

Cositas doradas que hacen desvariar a los holgazanes. ¡Pero yo soy serio! No tengo tiempo para desvariar.
¡Ah! ¡Estrellas!

Eso es. Las estrellas.

Quinientos un millones seiscientas veintidós mil setecientas treinta y una. Yo soy serio, soy preciso.
¿Y qué haces con quinientos millones de estrellas?

Nada. Las poseo.
¿De qué te sirven?
Para ser rico.

He visto un rey que...
¡Nada que ver! Los reyes "reinan", no poseen. Es muy diferente.

¿Y para qué te sirve ser rico?
Para comprar otras estrellas, si alguien las encuentra.

Éste, pensó el principito, razona un poco como el ebrio.
¿Cómo se puede poseer estrellas?
¿De quién son?
De nadie.

Entonces, son mías, pues soy el primero en haberlo pensado.
¿Eso basta?
Sin duda.
RZZZZ

Cuando encuentras un diamante que no es de nadie, es tuyo. Cuando encuentras una isla que no es de nadie, es tuya. Cuando eres el primero en tener una idea, la haces patentar: es tuya.

Yo poseo las estrellas porque jamás nadie antes que yo había soñado con poseerlas.
Eso sí es verdad.

¿Y qué haces con ellas?
Las administro. Las cuento y las recuento. Es un trabajo serio.

Yo, si poseo un pañuelo, puedo ponerlo alrededor de mi cuello y llevármelo. Si poseo una flor, puedo cortarla y llevármela. ¡Pero tú no puedes cortar las estrellas!
No, pero puedo depositarlas en el banco.

¿Qué quiere decir eso?
Que escribo en un papelito la cantidad de mis estrellas. Y después cierro el papelito, bajo llave, en un cajón.
¿Eso es todo?
Sí.

Es divertido.

Es bastante poético. Pero no es muy serio.

Yo poseo una flor que riego todos los días y tres volcanes que deshollino todas las semanas. Es útil para mis volcanes y es útil para mi flor que yo los posea.

Pero tú no eres útil a las estrellas.

El quinto planeta era el más pequeño de todos. Apenas había lugar para alojar un farol.

El principito no lograba explicarse para qué podían servir, en un planeta sin casa ni población, un farol y un farolero.

Tal vez este hombre es absurdo.

Sin embargo, es menos absurdo que el rey, el vanidoso, el hombre de negocios y el bebedor. Por lo menos su trabajo tiene sentido.

Cuando enciende el farol es como si hiciera nacer una estrella más, o una flor. Cuando apaga el farol, hace dormir a la flor o a la estrella. Es una ocupación muy hermosa.

Es verdaderamente útil porque es hermosa.

Buenos días. ¿Por qué acabas de apagar el farol?
Es la consigna. Buenos días.

¿Qué es la consigna?
Apagar el farol. Buenas noches.

Pero ¿por qué acabas de encenderlo?
Es la consigna.

No comprendo.
No hay nada que comprender. La consigna es la consigna. Buenos días.

¡Buf!

Tengo un oficio terrible.

Antes era razonable. Apagaba por la mañana y encendía por la noche. Tenía el resto del día para descansar, y el resto de la noche para dormir...

Y después de esa época, ¿la consigna cambió?
La consigna no ha cambiado. ¡Ahí está el drama!

Año tras año el planeta gira más rápido y la consigna no ha cambiado.
¿Entonces?

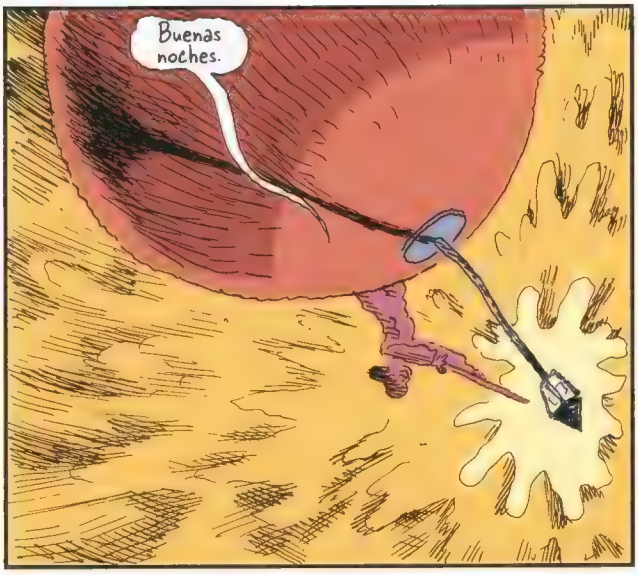
Entonces, ahora que da una vuelta por minuto, no tengo un segundo de descanso. ¡Enciendo y apago una vez por minuto!

¡Qué raro! ¡En tu planeta los días duran un minuto!

No es raro en absoluto.

Hace ya un mes que estamos hablando juntos.
¿Un mes?

Sí. Treinta minutos. ¡Treinta días!


Buenas noches.

El principito lo miró y le gustó el farolero que era tan fiel a la consigna.

Recordó las puestas de sol que él mismo había perseguido, en otro tiempo, moviendo su silla. Quiso ayudar a su amigo.
Tu planeta es tan pequeño que puedes recorrerlo en tres zancadas. No tienes más que caminar bastante lentamente para quedar siempre al sol.

Y el día durará tanto tiempo como quieras.
Con eso no adelanto gran cosa. Lo que me gusta en la vida es dormir.

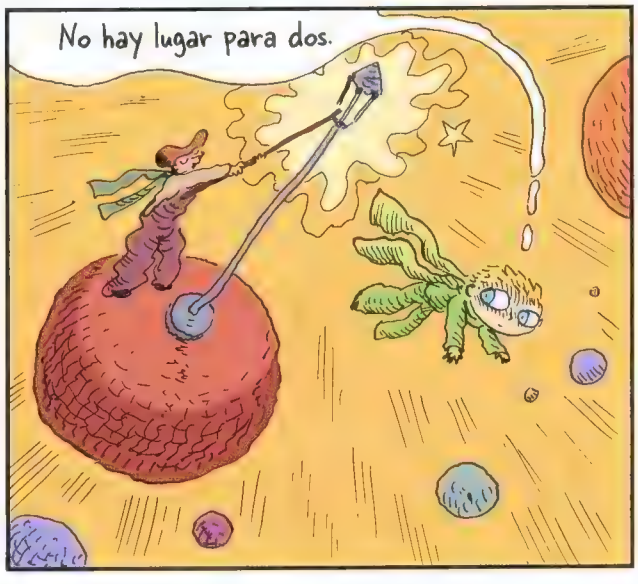
Eso es no tener suerte.
Eso es no tener suerte. Buenos días.

Y apagó el farol.

Éste sería despreciado por todos los otros, por el rey, por el vanidoso, por el bebedor, por el hombre de negocios.

Sin embargo, es el único que no me parece ridículo.

Quizá porque se ocupa de una cosa ajena a sí mismo. Es un amigo. Pero su planeta es verdaderamente demasiado pequeño.


No hay lugar para dos.

El sexto planeta era un planeta diez veces más grande. Estaba habitado por un Anciano que escribía enormes libros.
¡Toma! ¡Un explorador!

¿De dónde vienes?

¿Qué es este grueso libro? ¿Qué haces aquí?
Soy geógrafo.

¿Qué es eso?
Estudio dónde se encuentran los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

Es muy interesante.

¡Por fin un verdadero oficio!

Es muy bello tu planeta. ¿Tiene océanos?
No puedo saberlo.

¡Ah! ¿Y montañas?
No puedo saberlo.
¿Y ciudades y ríos y desiertos?
Tampoco puedo saberlo.

¡Pero eres geógrafo!
Sí, pero no soy explorador. Carezco de exploradores.

Mi misión es tan importante que no debo salir de casa. Mi oficio consiste en interrogar a los exploradores. Tomo nota de sus recuerdos.

Y si las observaciones de alguno le parecen interesantes, hago averiguaciones acerca de su moralidad.
¿Por qué?

Porque un explorador que mintiera ocasionaría desbarajustes en los libros de geografía. Y también un explorador que bebiera demasiado.
¿Por qué?

Porque los ebrios ven doble. Entonces el geógrafo señalaría dos montañas donde no hay más que una sola.
Conozco a alguien que sería un mal explorador.

Es posible. De todos modos, si la moralidad del explorador parece aceptable, se investiga su descubrimiento.
¿Se va a ver?
No. Es demasiado complicado.

Se exige al explorador que aporte pruebas. Por ejemplo, si dice haber descubierto una gran montaña, se le exige que traiga grandes piedras. ¡Ja!

Pero tú, ¡tú vienes de lejos! ¡Eres explorador! ¡Vas a describirme tu planeta!

Primero escribiré a lápiz, me entiendes...

Lo pasaré a tinta cuando me hayas traído las pruebas.

¡Oh! Mi planeta no es muy interesante, es muy pequeño. Tengo tres volcanes y una flor.
No anotamos las flores.

¿Por qué? ¡Es lo más lindo!
Porque las flores son efímeras.

¿Qué significa "efímera"?
Los geógrafos sólo describen las cosas eternas.

Es muy raro que una montaña cambie de lugar. Es muy raro que un océano pierda su agua.
Los volcanes extinguidos pueden despertarse. ¿Qué significa "efímera"?

Que los volcanes estén extinguidos o activos es lo mismo para nosotros. Lo que cuenta para nosotros es la montaña. La montaña no cambia.
Pero ¿qué significa "efímera"?

Significa "que está amenazado por una próxima desaparición."

¿Mi flor está amenazada por una próxima desaparición?
Seguro.

Mi flor es efímera, ¡y sólo tiene cuatro espinas para defenderse contra el mundo! ¡Y la he dejado totalmente sola en mi casa!

Ése fue su primer impulso de nostalgia. Pero se repuso.
¿Qué me aconsejas que vaya a visitar?
El planeta Tierra. Tiene buena reputación.

Y el principito partió, pensando en su flor.

El séptimo planeta fue, pues, la Tierra.

La Tierra no es un planeta cualquiera. Se cuentan allí ciento once reyes, siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de ebrios, trescientos once millones de vanidosos.

Es decir, alrededor de dos mil millones de personas grandes.

Para daros una idea de las dimensiones de la Tierra os diré que antes de la invención de la electricidad se debía mantener, en el conjunto de seis continentes, un verdadero ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros.

Visto de lejos hace un efecto espléndido.

Una vez en tierra, el principito quedó muy sorprendido al no ver a nadie.

Temía ya haberse equivocado de planeta, cuando un anillo de color de luna se revolvió en la arena.

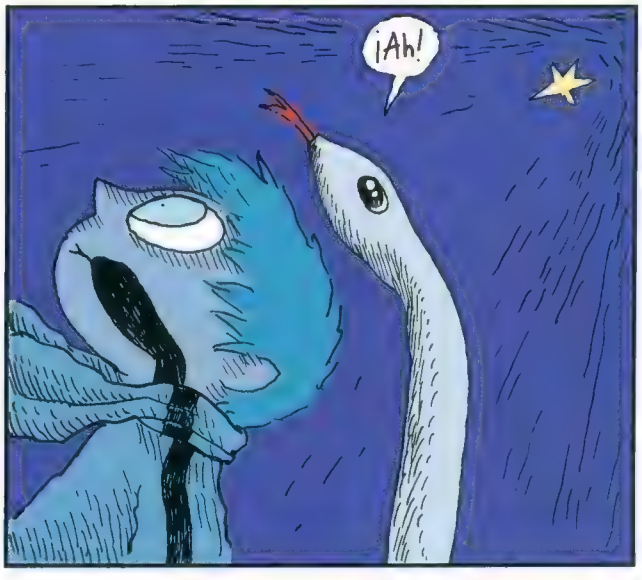
"Buenas noches", dijo al azar el principito. "Buenas noches", dijo la serpiente.
¿En qué planeta he caído?
En la Tierra, en África.

¡Ah!... ¿No hay, pues, nadie en la Tierra?
Esto es el desierto.

En los desiertos no hay nadie. La Tierra es grande.

Mira mi planeta. Está justo sobre nosotros... Pero ¡qué lejos está!
¡Qué hermoso es! ¿Qué vienes a hacer aquí?

Estoy disgustado con una flor.


¡Ah!

¿Dónde están los hombres? Se está un poco solo en el desierto.
Con los hombres también se está solo.

Eres un animal raro, delgado como un dedo...
Pero soy más poderoso que el dedo de un rey.

No eres muy poderoso, ni siquiera tienes patas. Ni siquiera puedes viajar...

Puedo llevarte más lejos que un navío.

Se enroscó alrededor del tobillo del principito como un brazalete de oro.
A quien toco, lo vuelvo a la tierra de donde salió.

Pero tú eres puro y vienes de una estrella. Me das lástima, tú, tan débil, sobre esta Tierra de granito.

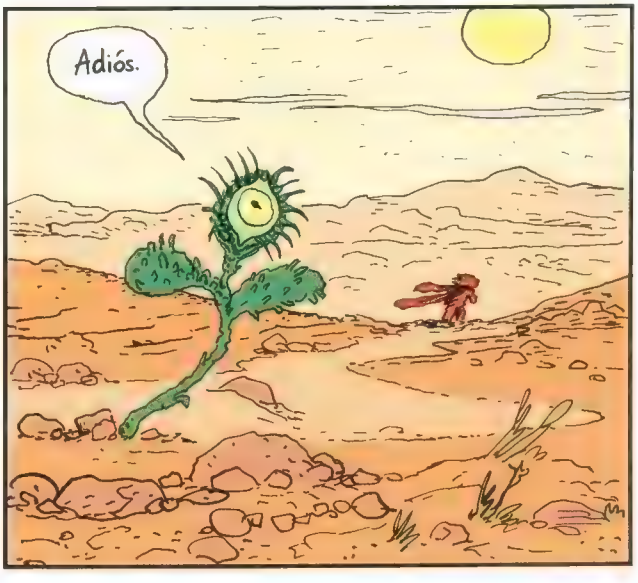
Puedo ayudarte si algún día extrañas demasiado tu planeta. Puedo...
¡Oh! Te he comprendido muy bien, pero ¿por qué hablas siempre con enigmas?

Yo los resuelvo todos.

El principito atravesó el desierto y no encontró más que una flor.
Buenos días.
Buenos días.

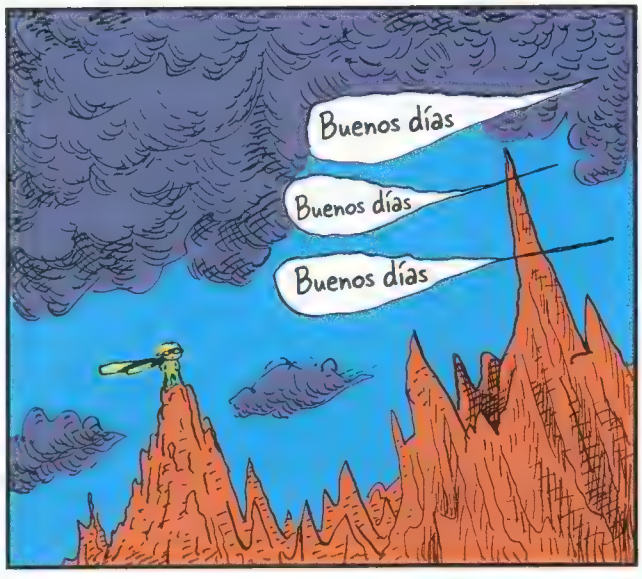
Una flor de tres pétalos, una flor de nada...
¿Dónde están los hombres?
¿Los hombres? Creo que existen seis o siete.

Los he visto hace años. Pero no se sabe nunca dónde encontrarlos. El viento los lleva. No tienen raíces. Les molesta mucho no tenerlas.
Adiós.


Adiós.

El principito subió a una alta montaña.
Desde una montaña alta como ésta, veré de un golpe todo el planeta y a todos los hombres.

Pero sólo vio agujas de roca muy afiladas.
Buenos días


Buenos días
Buenos días
Buenos días

¿Quién eres?

"Quién eres... quién eres... quién eres...", respondió el eco.
Sed amigos míos, estoy solo.

Los hombres no tienen imaginación. Repiten lo que se les dice. En mi casa tenía una flor: era siempre la primera en hablar.
Estoy solo...
Estoy solo...
Estoy solo...

Pero sucedió que el principito, habiendo caminado largo tiempo a través de arenas, de rocas y de nieves, descubrió al fin una ruta. Y todas las rutas van hacia la morada de los hombres.
Buenos días.

Era un jardín florido de rosas.
Buenos días.
Buenos días.
Buenos días.

El principito las miró. Todas se parecían a su flor.
¿Quiénes sois?
Somos rosas.

Y se sintió muy desdichado.
Se sentiría bien vejada si viera esto.

Su flor le había contado que era la única de su especie en el universo.
Tosería enormemente y aparentaría morir para escapar al ridículo. Y yo tendría que aparentar cuidarla.

Pues, si no, para humillarme a mí también, se dejaría verdaderamente morir.

Me creía rico con una flor única y no poseo más que una rosa ordinaria.

La rosa y mis tres volcanes que me llegan a la rodilla, uno de los cuales quizá está apagado para siempre.

Realmente no soy un gran príncipe.

Y, tendido sobre la hierba, lloró.

Entonces apareció el zorro.
Buenos días.
¿Buenos días?

Estoy aquí, bajo el manzano.

¿Quién eres? Eres muy lindo.
Soy un zorro.

Ven a jugar conmigo. ¡Estoy tan triste!

No puedo jugar contigo. No estoy domesticado.
¡Ah! Perdón.

¿Qué significa "domesticar"?

No eres de aquí. ¿Qué buscas?
Busco a los hombres. ¿Qué significa "domesticar"?

Los hombres tienen fusiles y cazan. Es muy molesto. También crían gallinas. Es su único interés. ¿Buscas gallinas?
No. Busco amigos.

¿Qué significa "domesticar"?
Es una cosa demasiado olvidada. Significa "crear lazos".
¿Crear lazos?

Sí. Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a otros cien mil. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros.

Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo.
Empiezo a comprender.

Hay una flor... Creo que me ha domesticado.
Es posible. ¡En la Tierra se ve toda clase de cosas!

¡Oh! No es en la Tierra.
¿En otro planeta?

¿Hay cazadores en ese planeta?
No.
¡Es interesante eso! ¿Y gallinas?
No.
No hay nada perfecto.

Pero el zorro volvió a su idea.
Mi vida es monótona. Cazo gallinas, los hombres me cazan. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Me aburro, pues, un poco.

Pero, si me domesticas, mi vida se llenará de sol. Conoceré un ruido de pasos que será diferente de todos los otros. Los otros pasos me hacen esconder bajo la tierra. El tuyo me llamará fuera de la madriguera, como una música.

Y además, ¡mira! ¿Ves, allá, los campos de trigo? Yo no como pan. Para mí el trigo es inútil, no me recuerda nada. ¡Es bien triste! Pero tú tienes cabellos color de oro. Cuando me hayas domesticado, ¡será maravilloso! El trigo dorado será un recuerdo de ti.

Y amaré el ruido del viento en el trigo.

¡Por favor..., domestícame!
Me gustaría, pero no tengo mucho tiempo. Tengo que encontrar amigos y conocer muchas cosas.

Sólo se conocen las cosas que se domestican.

Si quieres un amigo, ¡domestícame!
¿Qué hay que hacer?

Hay que ser paciente.

Te sentarás al principio un poco lejos de mí, así, en la hierba. Te miraré de reojo y no dirás nada. La palabra es fuente de malentendidos.

Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca.

Al día siguiente volvió el principito.
Hubiese sido mejor venir a la misma hora. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, comenzaré a ser feliz desde las tres.

Pero si vienes a cualquier hora, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón. Los ritos son necesarios.

Así el principito domesticó al zorro.
Y cuando se acercó la hora de la partida:
¡Ah! Voy a llorar.
Tuya es la culpa.

No deseaba hacerte mal, pero quisiste que te domesticara.
Sí.

¡Pero vas a llorar!
Sí.

Entonces, no ganas nada.
Gano, por el color del trigo.

Ve y mira nuevamente las rosas. Comprenderás que la tuya es única en el mundo.

Volverás para decirme adiós y te regalaré un secreto.

El principito se fue a ver nuevamente las rosas.
No sois en absoluto parecidas a mi rosa; no sois nada aún.

Nadie os ha domesticado y no habéis domesticado a nadie.

No se puede morir por vosotras.

Sin duda que un transeúnte común podría creer que mi rosa se os parece.

Pero ella sola es más importante que todas vosotras.

Puesto que es ella la rosa que he regado. Porque ella es mi rosa.

Y volvió hacia el zorro.
Adiós.
Adiós. He aquí mi secreto. Es muy simple.

No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

Lo esencial es invisible a los ojos.
El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante.

El tiempo que perdí por mi rosa.

Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa.

"Soy responsable de mi rosa", repitió el principito, a fin de acordarse.

Un día conocí a un mercader que tenía unas píldoras especiales que aplacan la sed. Se toma una por semana y desaparece la sed.

Decía que así ganábamos tiempo. Pues perdemos cincuenta y tres minutos por semana en beber.

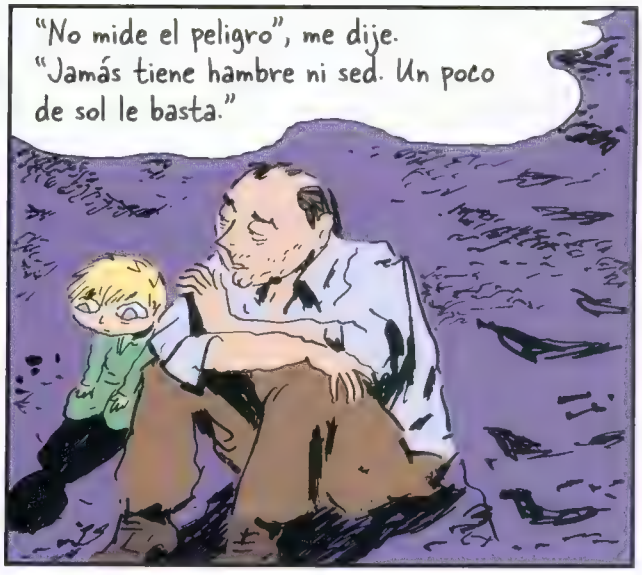
Yo le respondí que si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría tranquilamente hacia una fuente.
Tus recuerdos son muy bonitos, pero todavía no he reparado mi avión.

No tengo nada para beber y yo también sería feliz si pudiera caminar tranquilamente hacia una fuente.

Mi amigo el zorro...

Mi pequeño hombrecito, ¡ya no se trata del zorro!
¿Por qué?
Porque vamos a morir de sed.

Es bueno haber tenido un amigo, aun si vamos a morir. Yo estoy muy contento de haber tenido un amigo zorro.


"No mide el peligro", me dije. "Jamás tiene hambre ni sed. Un poco de sol le basta."

Pero me miró y respondió a mi pensamiento.
Tengo sed también... Busquemos un pozo...

Tuve un gesto de cansancio: es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos en marcha.

¿También tú tienes sed?
El agua puede también ser buena para el corazón.

No comprendí su respuesta, pero me callé... Sabía bien que no había que interrogarlo.

Estaba fatigado. Se sentó. Me senté cerca de él. Y, después de un silencio, dijo aún:

Las estrellas son bellas, por una flor que no se ve.

Respondí "por supuesto" y, sin hablar, miré los pliegues de la arena bajo la luna.

Lo que embellece el desierto es que esconde un pozo en cualquier parte.

Sí. Cuando era muchachito vivía yo en una antigua casa y la leyenda contaba que allí había un tesoro escondido. Sin duda, nadie supo descubrirlo y quizá nadie lo buscó. Pero encantaba toda la casa.

Mi casa guardaba un secreto en el fondo de su corazón. Sí, ya se trate de la casa, de las estrellas o del desierto, lo que los embellece es invisible.

Me gusta...

... que estés de acuerdo con mi zorro.

Como el principito se durmiera, lo tomé en mis brazos y volví a ponerme en camino.

Estaba emocionado.

Me parecía cargar un frágil tesoro.

Me parecía también que no había nada más frágil sobre la Tierra.

A la luz de la luna, miré su frente pálida, sus ojos cerrados, sus mechones de cabellos que temblaban al viento.

Y me dije: "Lo que veo aquí es sólo una corteza."

"Lo más importante es invisible."

Como sus labios entreabiertos esbozaran una media sonrisa, me dije aún: "Lo que me emociona tanto en este principito dormido es su fidelidad por una flor...

... es la imagen de una rosa que resplandece en él como la llama de una lámpara, aun cuando duerme."

Y lo sentí más frágil todavía.

Caminando así, descubrí el pozo al nacer el día.
!

No se parecía a los pozos del Sahara. Los pozos del Sahara son simples agujeros cavados en la arena.

Éste se parecía a un pozo de aldea. Pero ahí no había ninguna aldea y yo creía soñar.

Rió, tocó la cuerda, e hizo mover la roldana.

Déjame a mí. Es demasiado pesado para ti.

Icé lentamente el balde hasta el brocal.
Lo asenté bien.

En mis oídos seguía cantando la roldana,
y en el agua, que temblaba aún, vi temblar
el sol.

Tengo sed de esta agua.
Dame de beber.

¡Y comprendí lo que había buscado!
Levanté el balde hasta sus labios. Bebió
con los ojos cerrados.

Todo era bello como una fiesta. El agua no era un alimento.

Había nacido de la marcha bajo las estrellas, del canto de la roldana, del esfuerzo de mis brazos.

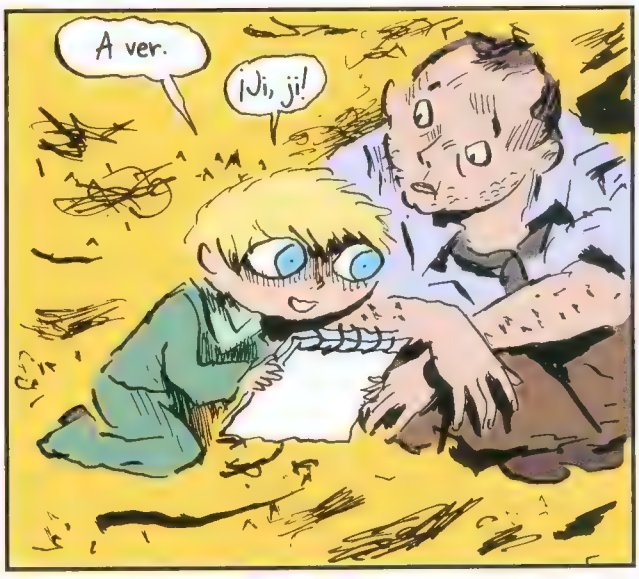
Era buena para el corazón, como un regalo.

Yo había bebido. Respiraba bien. La arena, al nacer el día, estaba de color de miel.

Me sentía feliz también con ese color de miel.

¿Por qué habría de apenarme?

Es necesario que cumplas tu promesa. Ya sabes, un bozal para mi cordero. ¡Soy responsable de esa flor!
¿Tienes los dibujos?
Sí.


A ver.
¡Ji, ji!

Tus baobabs se parecen un poco a los repollos.
¡Oh! ¡Yo que estaba tan orgulloso!

Tu zorro... Las orejas... parecen cuernos... y son demasiado largas.
Sabes muy bien que antes de conocerte sólo dibujaba elefantes dentro de serpientes.

¡Oh, está bien! Los niños saben.

Dibujé, pues, un bozal. Y sentí el corazón oprimido cuando se lo di.
Sabes, mi caída sobre la Tierra... mañana será el aniversario.

Caí muy cerca de aquí.

Y de nuevo, sin comprender por qué, sentí un extraño pesar.
Entonces, ¿no te vi por casualidad?

Cuando hace ocho días te paseabas solo, a mil millas de cualquier región habitada.
Volvías hacia el punto de tu caída.

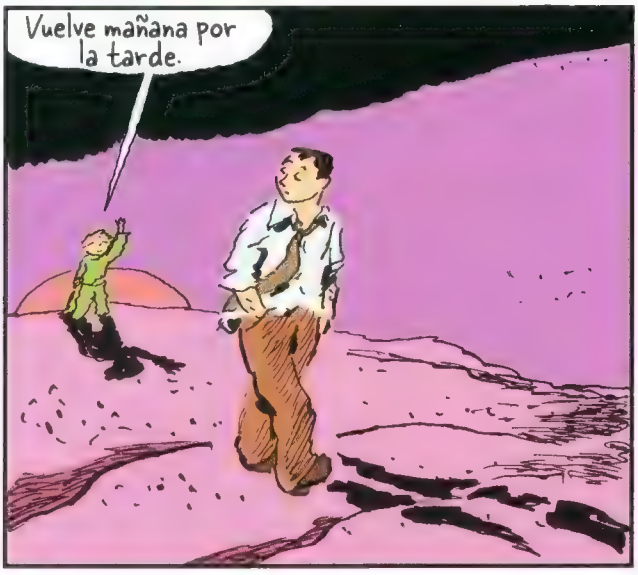
El principito no respondió nada. Se sonrojó.
¿Tal vez, por el aniversario?

Cuando uno se enrojece significa "sí", ¿no es cierto?

Temo...

Ahora debes trabajar. Debes volver a tu máquina.

Te espero aquí.


Vuelve mañana por la tarde.

Pero yo no estaba muy tranquilo. Me acordaba del zorro.

Si uno se deja domesticar, corre el riesgo de llorar un poco...

Al lado del pozo había una ruina de un viejo muro de piedra. Cuando volví de mi trabajo, por la tarde del día siguiente, vi de lejos al principito sentado allí arriba, con las piernas colgando. Y oí que hablaba.

¿No te acuerdas? No es exactamente aquí.

¡Sí! ¡Sí! Es el día, pero el lugar no es aquí.

Seguro. Verás dónde comienza mi rastro en la arena. No tienes más que esperarme allí. Estaré allí esta noche.

¿Tienes buen veneno? ¿Estás segura de no hacerme sufrir mucho tiempo?

Me detuve, con el corazón oprimido, pero seguía sin comprender.

Ahora, vete, quiero volver a descender.

Entonces bajé yo mismo los ojos hacia el pie del muro y ¡di un brinco! Estaba allí, erguida hacia el principito, una de esas serpientes amarillas que os ejecutan en treinta segundos.

Comencé a correr, mientras buscaba el revólver en mi bolsillo.

Pero, al oír el ruido que hice, la serpiente se dejó deslizar suavemente por la arena, como un chorro de agua que muere.

Llegué al muro justo a tiempo para recibir en brazos a mi hombrecito,

pálido como la nieve.

¿Por qué hablas con las serpientes?

Aflojé su eterna bufanda de oro.
Le mojé las sienes y le hice beber.

Y no me atreví a preguntarle nada. Me miró gravemente y rodeó mi cuello con sus brazos.

Sentía latir su corazón como el de un pájaro que muere, herido por una carabina.
Estoy contento de que hayas encontrado lo que le faltaba a tu máquina.

Vas a poder volver a tu casa.
¿Cómo lo sabes?

Precisamente venía a anunciarle que, contra toda esperanza, había tenido éxito en mi trabajo.
Yo también, hoy vuelvo a mi casa.

Es mucho más lejos. Es mucho más difícil.

Lo estreché en mis brazos como a un niño, y sin embargo, me pareció que se escurría verticalmente hacia un abismo sin que pudiera hacer nada por retenerlo.

Tenía la mirada seria, perdida muy lejos.
Tengo tu cordero. Y tengo la caja para el cordero. Y tengo el bozal.

Esperé largo rato. Sentí que volvía a entrar en calor poco a poco.
Has tenido miedo, hombrecito.
Tendré mucho más miedo esta noche.

De nuevo me sentí helado por la sensación de lo irreparable. Y comprendí que no soportaría la idea de no oír nunca más su risa.
Esta noche, hará un año.

Mi estrella se encontrará exactamente sobre el lugar donde caí el año pasado.

Hombrecito, ¿verdad que es un mal sueño esa historia de la serpiente, de la cita y de la estrella?

Por la noche mirarás las estrellas. No te puedo mostrar dónde se encuentra la mía, porque mi casa es muy pequeña. Será mejor así.

Mi estrella será para ti una de las estrellas. Entonces te agradará mirar todas las estrellas. Todas serán tus amigas.
Me gusta oír tu risa.

Esta risa será mi regalo. Otras personas tienen estrellas que no ríen.

Cuando mires al cielo, por la noche, como yo habitaré en una de ellas, como yo reiré en una de ellas, será para ti como si rieran todas las estrellas.

Tú tendrás estrellas que saben reír.

Y cuando te hayas consolado (siempre se encuentra consuelo) estarás contento de haberme conocido. Serás siempre mi amigo.

Y tus amigos se asombrarán al verte reír mirando el cielo. Te habré hecho una muy mala jugada.

Esta noche..., ¿sabes?..., no llega.
No me separaré de ti.

Parecerá que sufro... Parecerá un poco que me muero. Es así. No vengas a verlo, no vale la pena.
No me separaré de ti.

Te digo esto también por la serpiente. No debe morderte... Las serpientes son malas. Pueden morder por placer.

No me separaré de ti.

Es cierto que no tienen veneno en la segunda mordedura.

Esa noche no lo vi ponerse en camino.
Se evadió sin ruido.

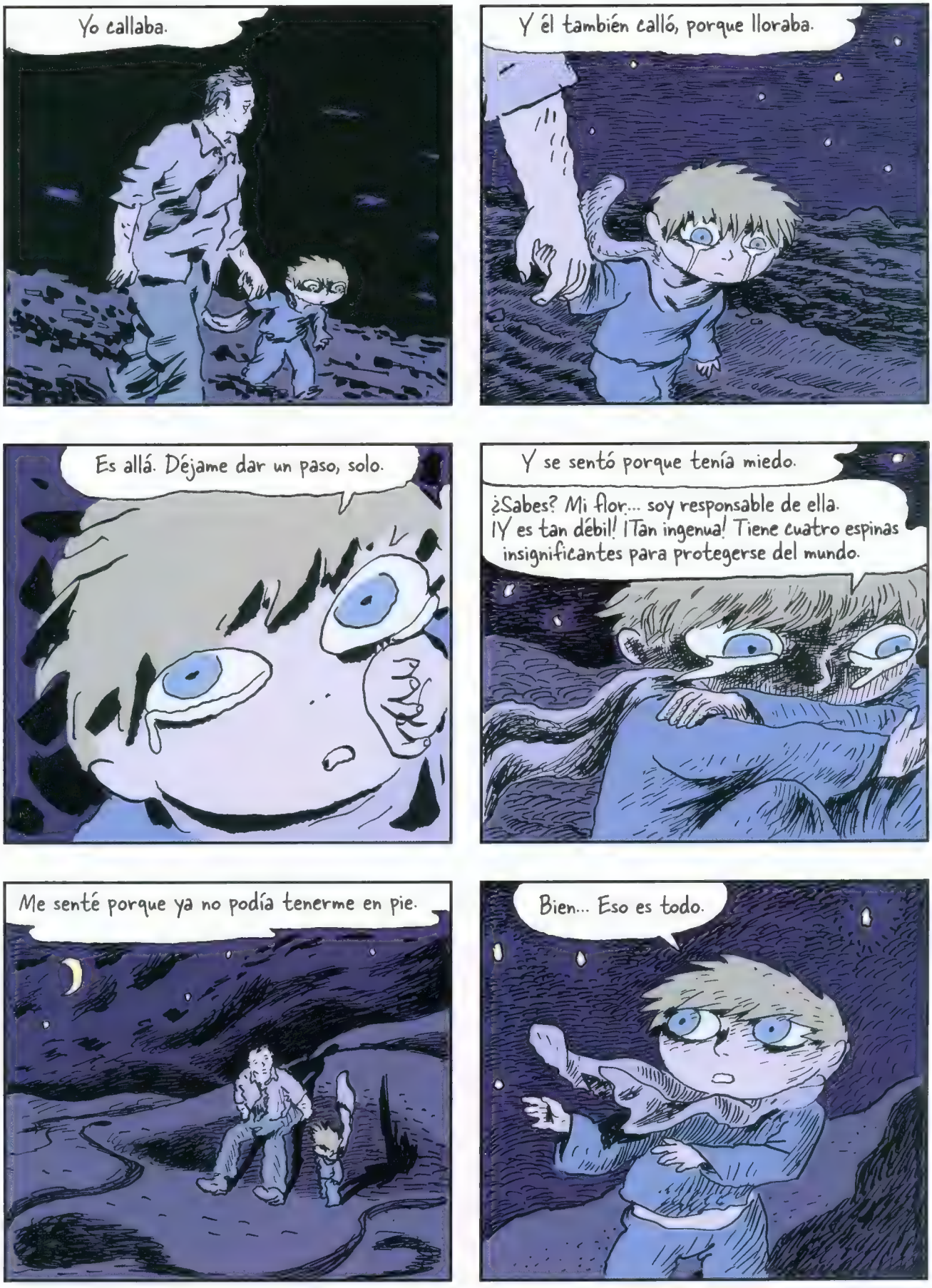
Cuando logré alcanzarlo, me dijo solamente:
¡Ah! Estás ahí...

Me tomó de la mano.
Has hecho mal. Vas a sufrir.
Parecerá que me he muerto
y no será verdad.

Comprendes. Es demasiado lejos. No puedo llevar mi cuerpo allí. Es demasiado pesado.
Pero será como una vieja corteza abandonada.
Eso no es triste.

Yo también miraré las estrellas. Todas las estrellas serán pozos con una roldana enmohecida.

Todas las estrellas me darán de beber.


Yo callaba.
Y él también calló, porque lloraba.
Es allá. Déjame dar un paso, solo.
Y se sentó porque tenía miedo.
¿Sabes? Mi flor... soy responsable de ella.
¡Y es tan débil! ¡Tan ingenua! Tiene cuatro espinas insignificantes para protegerse del mundo.
Me senté porque ya no podía tenerme en pie.
Bien... Eso es todo.

Vaciló aún un momento; luego se levantó.
Dio un paso.

Yo no podía moverme.

No hubo nada más que un relámpago amarillo cerca de su tobillo.

Cayó suavemente, como cae un árbol.

Ni siquiera hizo ruido

en la arena.

Y ahora, por cierto, han pasado ya seis años.

Nunca había contado esta historia.
Los camaradas que me encontraron se alegraron de volver a verme vivo.

Estaba triste, pero les decía:
"Es la fatiga."

Sé que verdaderamente volvió a su planeta, pues, al nacer el día, no encontré su cuerpo.

¡El bozal!
Me olvidé de agregar la correa de cuero.
No habrá podido colocárselo al cordero.
¿Qué habrá pasado en el planeta?

Quizá el cordero se comió la flor.

A veces me digo:
¡Claro que no!

El principito encierra todas las noches la flor bajo un globo de vidrio y vigila bien a su cordero.

Entonces me siento feliz. Y todas las estrellas ríen dulcemente.

A veces me digo: "De vez en cuando uno se distrae, ¡y es suficiente! Una noche el principito olvidó el globo de vidrio o el cordero salió silenciosamente durante la noche."

Entonces, los cascabeles se convierten en lágrimas.

Nada en el universo sigue siendo igual si en alguna parte, no se sabe dónde, un cordero que no conocemos ha comido, sí o no, a una rosa.

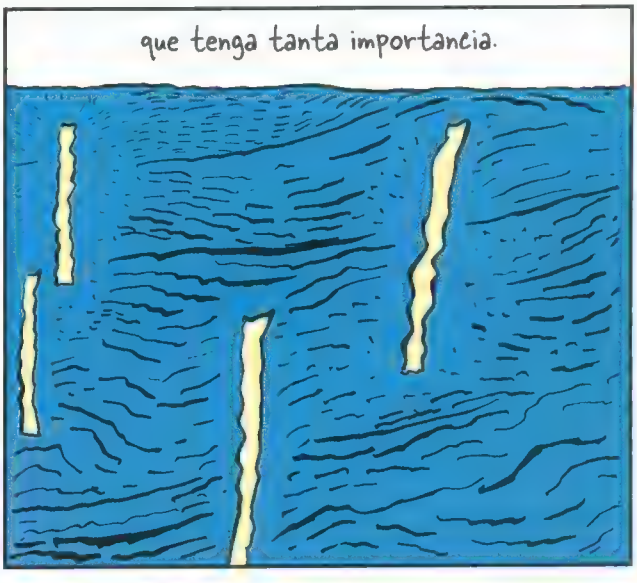
Mirad al cielo.

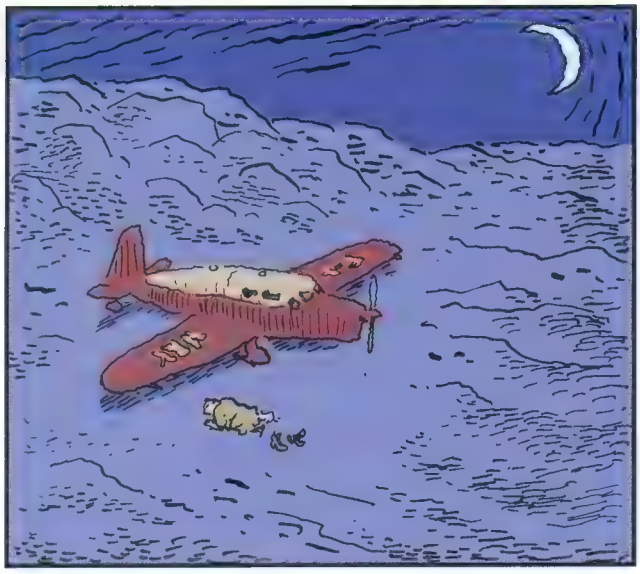
Preguntad: ¿el cordero, sí o no, se ha comido la flor?

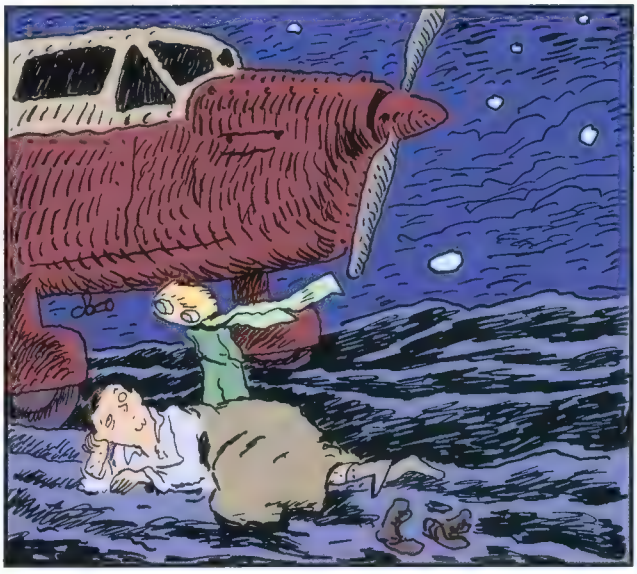
Entonces veréis

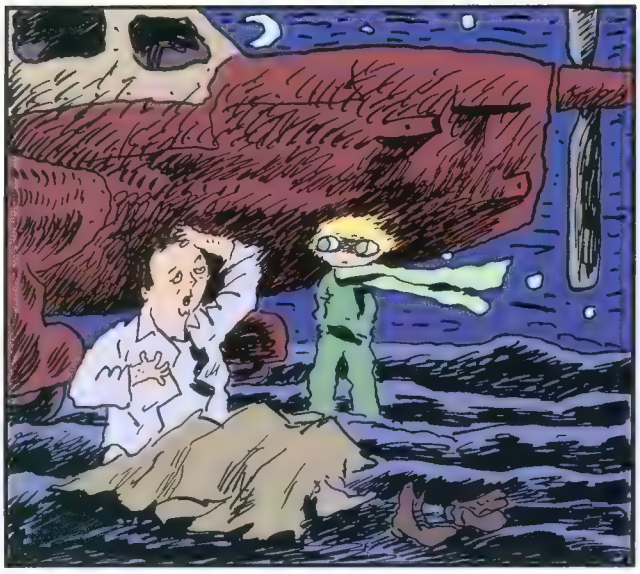
que todo cambia.

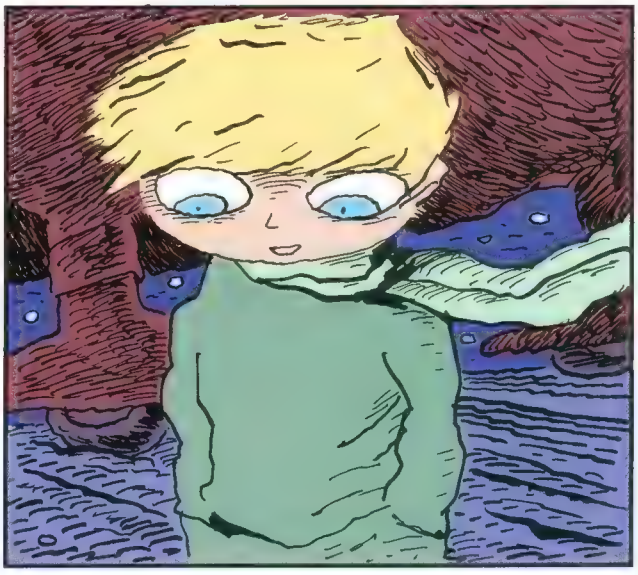
Y ninguna persona grande comprenderá jamás


que tenga tanta importancia.









Éste es, para mí, el más bello y más triste paisaje del mundo.

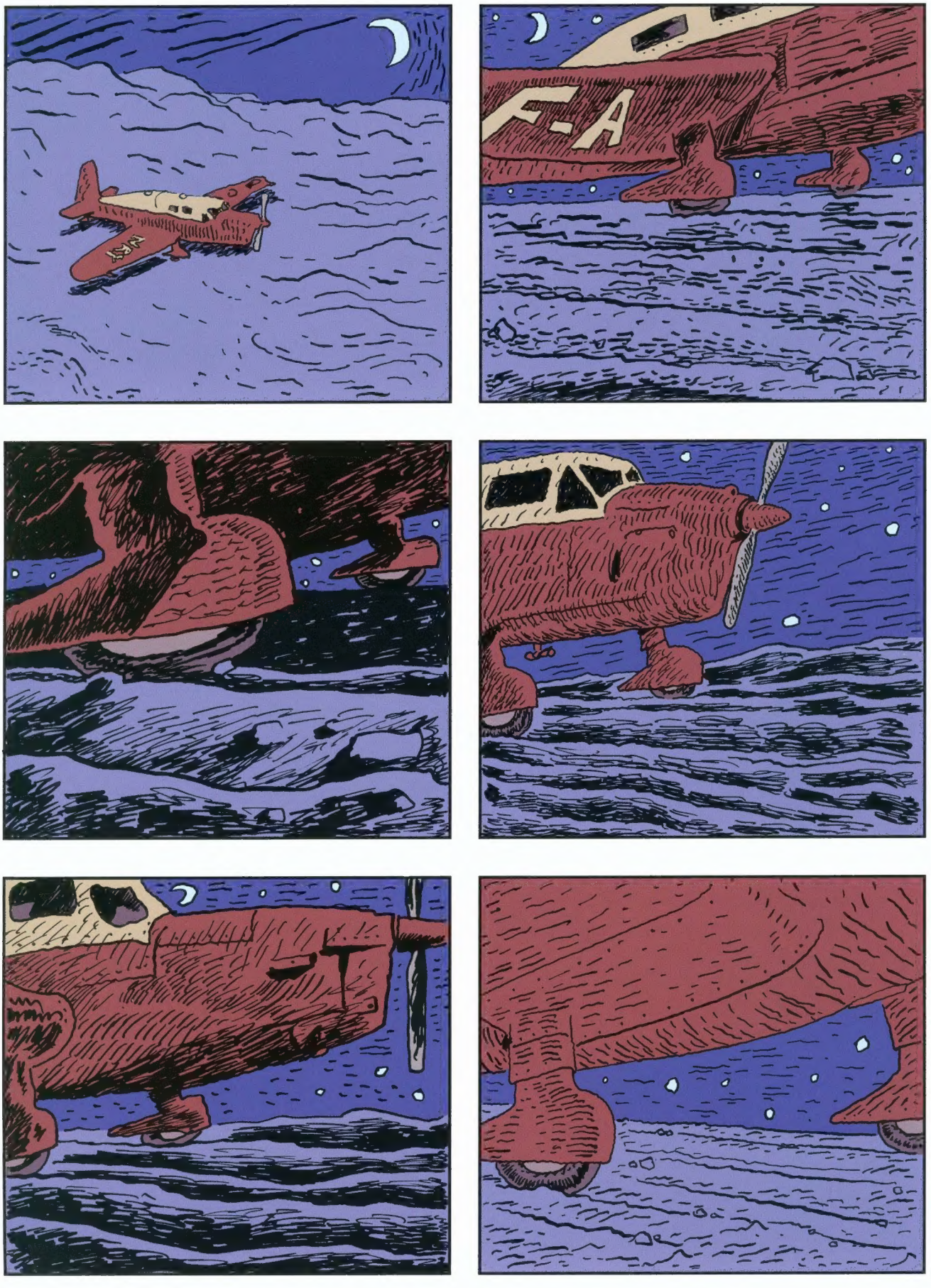
Es el mismo paisaje de la página precedente, pero lo he dibujado una vez más para mostrároslo bien. Aquí fue donde el principito apareció en la Tierra, y luego desapareció.

Mirad atentamente este paisaje a fin de estar seguros de que habréis de reconocerlo, si viajáis un día por el Africa, en el desierto. Y si llegáis a pasar por allí, os suplico: no os apresuréis; esperad un momento, exactamente debajo de la estrella.

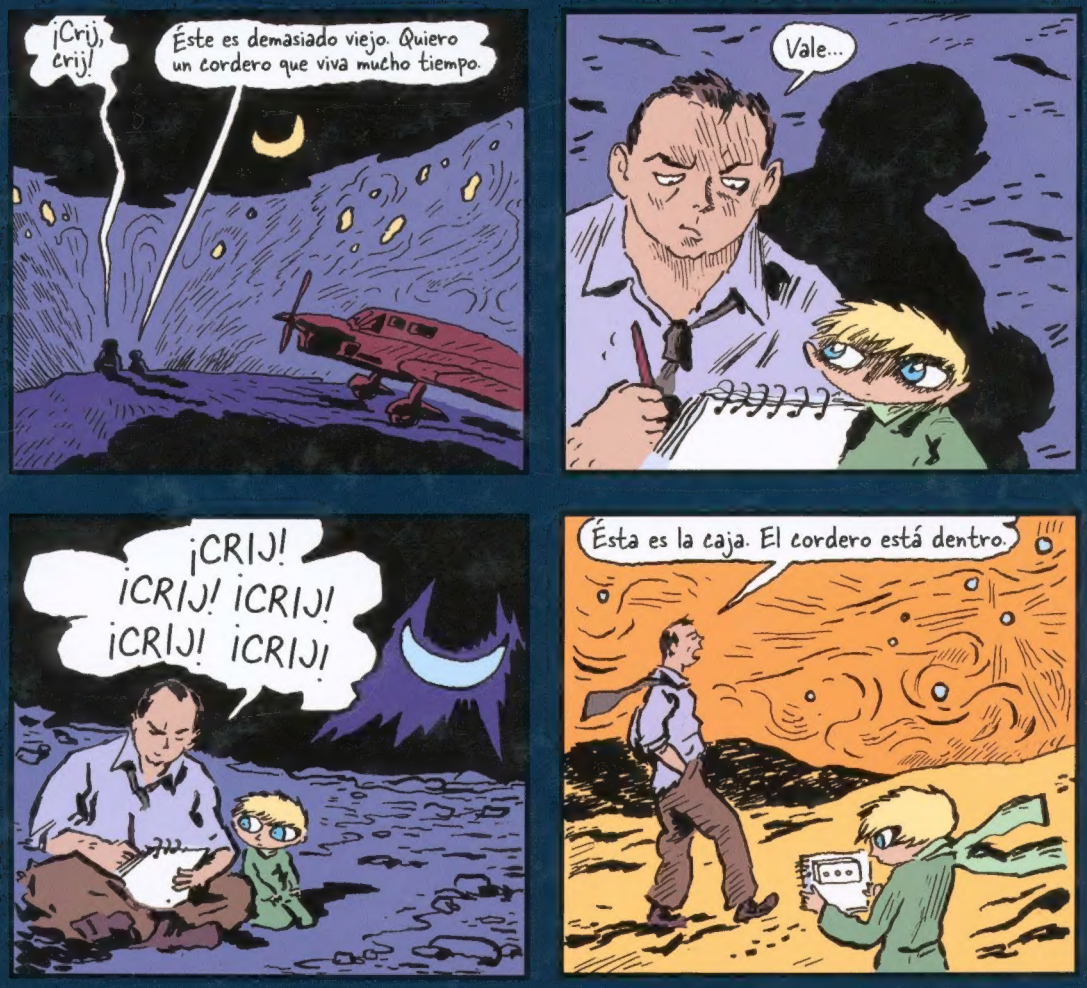
Si entonces un niño llega hacia vosotros, si ríe, si tiene cabellos de oro, si no responde cuando se le interroga, adivinaréis quién es.

¡Sed amables entonces! No me dejéis tan triste.

Escribidme enseguida, decidme que ha vuelto...


F-A

PAGINA EN BLANCO



salamandra

ISBN 978-84-9838-278-5